ESCRITURA

CÓMO CRISTO ES EXALTADO EN TODA LA ESCRITURA

"Y COMENZANDO DESDE MOISÉS, Y SIGUIENDO POR TODOS LOS PROFETAS, LES DECLARABA EN TODAS LAS ESCRITURAS LO QUE DE ÉL DECÍAN."

LUCAS 24:27

MINISTRO

JAVIER AYALA

SOLA SCRIPTURA • SOLI DEO GLORIA

ESCRITURA

Cómo Cristo es exaltado en toda la Escritura

SOLI DEO GLORIA

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.”
Romanos 11:36, RVR1960

Ministerio1
Ministro Javier Ayala

Investigación, exégesis y exposición bíblica desarrolladas con el apoyo de inteligencia artificial de OpenAI, bajo la dirección y revisión del autor.

ÍNDICE GENERAL

EL CORAZÓN DE ESCRITURA 3

NUESTRA DECLARACIÓN 5

INTRODUCCIÓN GENERAL 6

PARTE I — EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS 8

CAPÍTULO I — ANTES DE LA FUNDACIÓN DEL MUNDO 9

CAPÍTULO II — EN EL PRINCIPIO 13

CAPÍTULO III — LA SIMIENTE DE LA MUJER 17

CAPÍTULO IV — ABEL: LA SANGRE QUE HABLA 21

CAPÍTULO V — NOÉ: GRACIA EN MEDIO DEL JUICIO 25

CAPÍTULO VI — ABRAHAM: LA PROMESA Y LA SIMIENTE 29

CAPÍTULO VII — ISAAC: EL HIJO DE LA PROMESA 34

CAPÍTULO VIII — JACOB: TRANSFORMADO POR LA GRACIA 38

CAPÍTULO IX — JOSÉ: DEL POZO AL TRONO 42

CAPÍTULO X — MOISÉS: LLAMADO DESDE LA ZARZA 47

CAPÍTULO XI — LA PASCUA: EL CORDERO Y LA SANGRE 51

CAPÍTULO XII — EL MAR ROJO: LA LIBERACIÓN CONSUMADA 55

CAPÍTULO XIII — EL MANÁ: EL PAN DEL CIELO 59

CAPÍTULO XIV — LA ROCA HERIDA 62

CAPÍTULO XV — SINAÍ: LA LEY Y LA NECESIDAD DE UN MEDIADOR 65

Nota editorial sobre las citas y los términos

Salvo que se indique expresamente otra versión, **todas las citas bíblicas de esta obra proceden de la Reina-Valera 1960 (RVR1960)**. Al final de cada cita extensa se identificará la versión utilizada. Cuando se compare la RVR1960 con la Biblia Textual, la versión King James u otra traducción, también se señalará claramente.

En la exposición procuraremos utilizar los nombres completos: **el Señor Jesucristo**, **el apóstol Pablo**, **el apóstol Pedro**, y así sucesivamente. Cuando aparezca solamente la palabra **Cristo** dentro de una cita bíblica, se conservará el texto exacto de la RVR1960. “Cristo” no es el apellido de Jesús; es un título procedente del griego *Christós*, equivalente al hebreo *Mashíaj*: **el Mesías, el Ungido de Dios**.

La expresión **“la caída”** se empleará para referirse a la desobediencia de Adán y Eva narrada en Génesis 3, por la cual el pecado y la muerte entraron en la experiencia humana. La frase **“la Cruz”** no se usará como si el objeto material tuviera poder, ni como amuleto, superstición o símbolo mágico. Se refiere abreviadamente a **la obra redentora y expiatoria que el Señor Jesucristo consumó mediante Su muerte sacrificial en el Calvario**. El poder salvador no reside en dos maderos, sino en la Persona y la obra del Hijo de Dios.

Estas aclaraciones responden al propósito de escribir con la sencillez y precisión que caracterizan al griego *koiné* del Nuevo Testamento: profundidad sin oscuridad, para que el lector laico, el maestro y el estudiante puedan comprender el mismo mensaje sin depender de frases ambiguas.

EL CORAZÓN DE ESCRITURA

Esta obra nace de una convicción sencilla, pero determinante: **la Escritura interpreta la Escritura, y toda la Escritura da testimonio de Jesucristo**.

La Biblia no es una colección de relatos desconectados ni una biblioteca de enseñanzas religiosas reunidas accidentalmente. Aunque fue escrita a través de muchos autores, durante diferentes épocas y en circunstancias históricas diversas, posee una unidad que no puede explicarse únicamente por medios humanos. Desde Génesis hasta Apocalipsis, una misma revelación avanza, un mismo propósito se desarrolla y una misma Persona ocupa el centro: Jesucristo, el Hijo eterno de Dios.

Después de resucitar, el Señor reprendió la lentitud de corazón de dos discípulos que caminaban hacia Emaús. Ellos conocían los acontecimientos, pero todavía no comprendían su significado. Entonces Cristo hizo algo que define el método de esta obra:

> “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.”
> Lucas 24:27 — RVR1960

El Señor no les ofreció una interpretación separada del texto bíblico. Les abrió el sentido de las Escrituras y les mostró que la ley, los profetas y las promesas conducían hacia Él. Más tarde declaró a los demás discípulos:

> “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos.”
> Lucas 24:44 — RVR1960

Por eso, la pregunta rectora de cada capítulo será: **¿Cómo es exaltado Cristo en este pasaje?**

No forzaremos Su Nombre dentro de textos que deben ser respetados en su contexto histórico y gramatical. Tampoco reduciremos cada relato a una alegoría. Procuraremos seguir el camino que la propia revelación establece: observar el texto, escuchar su mensaje original, reconocer su lugar dentro del propósito progresivo de Dios y contemplar cómo ese propósito alcanza su plenitud en Cristo.

La meta no es presentar novedades. Es volver a la Palabra inspirada con reverencia; permitir que los pasajes más claros iluminen los más difíciles; distinguir entre Israel y la Iglesia cuando la Escritura los distingue; reconocer el progreso de la revelación; y proclamar que todas las promesas de Dios encuentran su “Sí” y su “Amén” en Jesucristo (2 Corintios 1:20).

Esta obra será exegética, porque atenderá al significado del texto. Será expositiva, porque procurará desplegar ordenadamente lo que el texto enseña. Será doctrinal, porque la verdad revelada debe ser creída. Será pastoral, porque la doctrina bíblica no fue dada para alimentar curiosidad, sino para transformar la mente, afirmar la fe y conducir al pueblo de Dios a una comunión más profunda con Cristo.

Pero, por encima de todo, será cristocéntrica. No porque ignore al Padre o al Espíritu Santo, sino porque el Padre ha determinado glorificar al Hijo y el Espíritu Santo ha venido para dar testimonio de

Él. El Señor Jesucristo revela al Padre; el Señor Jesucristo realizó la obra de redención; el Señor Jesucristo edifica Su Iglesia; el Señor Jesucristo volverá y reinará; y ante Él se doblará toda rodilla.

Este es el corazón de **ESCRITURA**: caminar desde Génesis hasta Apocalipsis contemplando el desarrollo del propósito eterno de Dios, hasta que la Biblia entera sea vista como el escenario de la gloria del Cordero.

NUESTRA DECLARACIÓN

Creemos que toda la Escritura es inspirada por Dios y que, por tanto, posee autoridad, unidad y suficiencia para enseñar la verdad que Dios quiso revelar.

Creemos que ninguna doctrina debe descansar sobre un versículo aislado, separado de su contexto inmediato y del testimonio completo de la Palabra.

Creemos que la revelación bíblica avanza de manera progresiva: lo prometido en el Antiguo Testamento alcanza claridad y cumplimiento en el Nuevo Testamento, sin borrar el significado histórico de las promesas ni confundir los pueblos y propósitos que Dios mismo distingue.

Creemos que Jesucristo no es un tema secundario de la Biblia. Él es el Verbo eterno, el Creador, la Simiente prometida, el Cordero provisto por Dios, el Rey anunciado por los profetas, el Siervo sufriente, el Hijo del Hombre, la Cabeza de la Iglesia, el gran Sumo Sacerdote, el Juez justo y el Rey de reyes.

Creemos que la muerte sacrificial del Señor Jesucristo en el Calvario no fue una reacción improvisada ante el pecado humano. Su obra redentora y expiatoria —por la cual pagó el precio del pecado y reconcilia con Dios al que cree— pertenecía al propósito eterno de Dios y fue manifestada en el tiempo para nuestra salvación.

Creemos que el Espíritu Santo inspiró las Escrituras y que Su ministerio glorifica a Cristo, ilumina la verdad, convence al mundo, habita en los creyentes y capacita a la Iglesia para dar testimonio del Señor resucitado.

Creemos que la gracia de Dios no solamente perdona: también enseña, transforma y conduce al creyente a vivir en comunión con Cristo. La obediencia no compra la salvación; es el fruto de la vida que hemos recibido por la fe.

Y creemos que toda exposición bíblica alcanza su propósito más elevado cuando el lector no termina admirando al expositor, sino contemplando la gloria de Jesucristo.

INTRODUCCIÓN GENERAL

La Biblia: una revelación, un propósito, una Persona

La Biblia contiene sesenta y seis libros, pero comunica una sola gran historia. Esa historia comienza con Dios, no con el hombre. Antes de que apareciera el pecado, antes de que existiera la necesidad humana y antes de que fueran creados los cielos y la tierra, Dios ya era. Su propósito no surgió del fracaso de la criatura. Procedía de Su propia voluntad y estaba centrado en Su Hijo.

Esta afirmación determina el punto de partida de toda interpretación cristocéntrica. Si comenzamos únicamente con **la caída —la desobediencia de Adán y Eva en Génesis 3, mediante la cual el pecado y la muerte entraron en la experiencia humana**—, podemos llegar a pensar que el Señor Jesucristo apareció solamente para reparar un accidente. Pero cuando comenzamos donde comienza el propósito divino —antes de la fundación del mundo— entendemos que la redención, aunque responde verdaderamente al pecado, sirve a un designio todavía mayor: reunir todas las cosas bajo el gobierno del Señor Jesucristo, conformar un pueblo a Su imagen y manifestar eternamente la gloria de la gracia de Dios.

El apóstol Pablo declara que Dios nos dio gracia en Cristo “antes de los tiempos de los siglos” (2 Timoteo 1:9). Afirma que fuimos escogidos en Él “antes de la fundación del mundo” (Efesios 1:4). Enseña que el propósito eterno fue realizado “en Cristo Jesús nuestro Señor” (Efesios 3:11). El apóstol Pedro añade que Cristo, como Cordero sin mancha, “ya destinado desde antes de la fundación del mundo”, fue manifestado en los postreros tiempos por amor de nosotros (1 Pedro 1:19–20).

Por tanto, la historia bíblica no se mueve a ciegas. Se dirige hacia una meta establecida por Dios.

En Génesis veremos el principio de la creación, la entrada del pecado y la primera promesa de la Simiente vencedora. En los patriarcas veremos la línea de la promesa. En el éxodo contemplaremos la redención por sangre y poder. En el tabernáculo y los sacrificios reconoceremos sombras que encuentran realidad en Cristo. En los reyes y profetas escucharemos el anuncio del Reino, del Mesías y del nuevo pacto. En los Evangelios veremos al Verbo hecho carne. En Hechos contemplaremos al Cristo exaltado obrando mediante el Espíritu Santo. En las Epístolas recibiremos la explicación doctrinal de Su Persona y Su obra. En Apocalipsis veremos al Cordero consumando el propósito de Dios y reinando en gloria.

No todos los textos hablan de Cristo de la misma manera. Algunos lo anuncian directamente. Otros presentan promesas, oficios, pactos, sacrificios, personas o acontecimientos que preparan el camino para comprenderlo. Otros exponen la necesidad de Su obra mostrando la santidad de Dios, la gravedad del pecado y la incapacidad del ser humano. Y otros revelan las consecuencias cósmicas y eternas de Su victoria.

El método de **ESCRITURA** respetará esas diferencias. Cada pasaje será estudiado primero dentro de su contexto. Después será ubicado dentro de la revelación completa. Finalmente preguntaremos cómo contribuye al testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo.

Así evitaremos dos errores. El primero es leer la Biblia como si fuera solamente una colección de ejemplos morales. La Escritura contiene mandamientos y ejemplos, pero su mensaje central es lo que Dios ha hecho y hará en Cristo. El segundo error es imponer simbolismos arbitrarios sobre cada detalle.

Cristo es verdaderamente el centro de la revelación; precisamente por eso no necesitamos recurrir a imaginaciones que el texto no sostiene.

La Escritura misma nos guiará. La promesa será explicada por su cumplimiento. La sombra será iluminada por la realidad. El tipo será reconocido cuando el Nuevo Testamento establezca su relación. La doctrina descansará sobre el conjunto del testimonio inspirado.

Con este fundamento comenzamos la primera parte de nuestra travesía: **El propósito eterno de Dios**.

PARTE I

EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

CAPÍTULO I

ANTES DE LA FUNDACIÓN DEL MUNDO

Cristo en el propósito eterno de Dios

> “Según el propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor.”
> Efesios 3:11 — RVR1960

La revelación comienza antes de Génesis 1:1

La narración bíblica comienza con las palabras: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Sin embargo, el propósito que gobierna la narración es anterior al acto creador. Génesis nos conduce al principio del universo; las Epístolas nos permiten mirar, reverentemente, hacia aquello que Dios había determinado antes de ese principio.

No se trata de especular acerca de lo que la Escritura no revela. Se trata de recibir lo que Dios sí ha dado a conocer: antes de la fundación del mundo existía un propósito, y ese propósito estaba en Cristo.

El apóstol Pablo lo expresa con extraordinaria precisión:

> “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él.”
> Efesios 1:3–4 — RVR1960

La frase dominante es **“en Cristo”**. La elección no aparece como un decreto frío y separado del Hijo. Dios nos escogió **en Él**. Las bendiciones espirituales se reciben **en Él**. **La redención se recibe en Él**: esto significa que el perdón, la libertad de la culpa y la nueva relación con Dios no se obtienen por méritos humanos, sino que llegan a ser nuestros cuando creemos y somos unidos al Señor Jesucristo. La historia será finalmente recapitulada bajo Su autoridad.

Esto significa que Cristo no entra tarde en el plan de Dios. No aparece únicamente después de la caída. Él es el centro desde la eternidad.

El propósito eterno no fue una respuesta improvisada

El pecado humano es real y terrible. **La caída**, es decir, la desobediencia de Adán y Eva narrada en Génesis 3, introdujo muerte, separación de Dios y esclavitud al pecado en la experiencia humana. Sin embargo, aquel acontecimiento no tomó a Dios por sorpresa ni obligó al cielo a inventar apresuradamente una solución.

El apóstol Pablo escribe acerca de Dios:

> “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.”
> 2 Timoteo 1:9 — RVR1960

Observemos el orden. Primero aparece el propósito de Dios; después, su manifestación histórica. La gracia fue dada en Cristo antes de los tiempos de los siglos, pero fue manifestada mediante la aparición de nuestro Salvador Jesucristo (2 Timoteo 1:10).

La muerte expiatoria del Señor Jesucristo ocurrió realmente en la historia, bajo Poncio Pilato y fuera de Jerusalén. Fue un acontecimiento verdadero, visible y sangriento. Cuando esta obra utilice la expresión abreviada **"la Cruz"**, se referirá a esa entrega sacrificial del Hijo de Dios, no al objeto de madera como amuleto o fuente de poder. La intención redentora manifestada en el Calvario pertenecía al consejo eterno de Dios.

El apóstol Pedro predicó en Pentecostés que Jesús fue entregado "por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios" (Hechos 2:23). La responsabilidad de quienes lo crucificaron no desaparece; actuaron impíamente. Sin embargo, por encima de su maldad se encontraba el propósito soberano de Dios, que convirtió el instrumento de vergüenza en el lugar de la victoria redentora.

La obra redentora consumada por el Señor Jesucristo en el Calvario no demuestra que el plan divino fracasó. Demuestra que la sabiduría de Dios supera la rebelión de la criatura.

El Cordero conocido desde antes de la fundación del mundo

El apóstol Pedro describe nuestra redención con lenguaje sacrificial:

> "Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir… no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros."
> 1 Pedro 1:18–20 — RVR1960

La expresión "ya destinado" traduce una forma del verbo griego *proginōskō*, que contiene la idea de conocer de antemano. En este contexto no describe un conocimiento pasivo, como si Dios simplemente hubiera observado anticipadamente lo que sucedería. Señala que Cristo, el Cordero, ocupaba de antemano un lugar definido dentro del propósito divino.

Fue manifestado en el tiempo, pero no comenzó a existir en el tiempo. Entró en la historia, pero Su Persona es eterna. Derramó Su sangre una vez, pero esa obra respondió a un consejo anterior a la creación.

Apocalipsis llama al Señor "el Cordero que fue inmolado" y presenta Su sacrificio como el centro de la adoración celestial (Apocalipsis 5:9–12, RVR1960). La eternidad no hará que sea olvidada la obra redentora consumada por el Señor Jesucristo en el Calvario. La gloria del Cordero inmolado proclamará para siempre el amor, la justicia, la sabiduría y la gracia de Dios.

El propósito: reunir todas las cosas en Cristo

El propósito eterno incluye nuestra salvación personal, pero no termina en ella. Efesios amplía el horizonte:

> "Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos,

así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.”
Efesios 1:9–10 — RVR1960

El verbo traducido “reunir” es *anakephalaioō* (ἀνακεφαλαιόω). Su sentido básico es **reunir bajo una cabeza, recapitular o resumir en una unidad gobernada**. El mismo verbo aparece en Romanos 13:9, donde varios mandamientos quedan “resumidos” en el mandato de amar al prójimo.

Esta palabra **no se traduce literalmente “armonía”**. La armonía puede describir uno de los resultados del orden restaurado por Dios, pero no debe presentarse como la definición del verbo. Efesios 1:10 enseña que Dios llevará todas las cosas hacia su relación final y correcta bajo la autoridad del Señor Jesucristo. La historia humana parece fragmentada: naciones divididas, creación afectada por el pecado, poderes rebeldes, muerte y corrupción. Dios ha establecido una sola Cabeza bajo cuyo Señorío Su orden será manifestado plenamente: el Señor Jesucristo.

Esto no enseña que todos serán salvos independientemente de la fe. El mismo Nuevo Testamento habla claramente del juicio. Enseña que toda la creación será colocada finalmente en su relación correcta con el Señorío de Jesucristo. Lo que se somete voluntariamente participará de Su gloria; lo que persiste en rebelión reconocerá Su autoridad bajo juicio. Toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2:10–11).

Un pueblo conformado a la imagen del Hijo

El propósito de Dios no consiste solamente en llevar pecadores perdonados al cielo. Él está formando un pueblo que refleje el carácter de Su Hijo.

“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.”
Romanos 8:29 — RVR1960

Cristo es la medida del propósito. La meta no es la exaltación del ser humano, sino la preeminencia del Hijo “entre muchos hermanos”. La gracia nos perdona, nos justifica, nos santifica y un día glorificará nuestros cuerpos; pero en todas esas obras, Dios está haciendo visible la grandeza de Cristo.

La palabra “primogénito” no significa que el Hijo haya sido creado. En la Escritura, el término puede señalar rango, dignidad y supremacía. Colosenses 1:15–18 lo confirma: Aquel que es llamado “el primogénito de toda creación” es inmediatamente presentado como el Creador de todas las cosas y como quien existe antes de todas ellas. Él es también “el primogénito de entre los muertos”, para que en todo tenga la preeminencia.

Por eso, la madurez cristiana no puede definirse por independencia de Cristo. Cuanto más obra el Espíritu Santo en el creyente, más claramente se manifiesta el carácter del Señor Jesús.

La Iglesia y el propósito eterno

Efesios 3 declara que el misterio, escondido durante generaciones y ahora revelado a los santos apóstoles y profetas por el Espíritu, incluye la formación de un cuerpo en el cual judíos y gentiles son coherederos y copartícipes de la promesa en Cristo por medio del Evangelio (Efesios 3:5–6).

La Iglesia no reemplaza retrospectivamente todo lo que Dios dijo acerca de Israel. Tampoco es una interrupción accidental. Es parte del propósito eterno realizado en Cristo Jesús. Mediante ella, la multiforme sabiduría de Dios es dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales (Efesios 3:10–11).

Esto otorga dignidad y responsabilidad a la vida de la Iglesia. Una congregación puede parecer pequeña ante el mundo y, sin embargo, ocupar un lugar dentro de una demostración cósmica de la sabiduría de Dios. Su verdadera gloria no está en la riqueza, el reconocimiento o el poder político. Está en su unión con Cristo y en su fidelidad al Evangelio.

Aplicación pastoral: nuestra vida posee una dirección eterna

El creyente no es un accidente rescatado a última hora. Ha sido alcanzado por una gracia que procede del propósito de Dios en Cristo. Esta verdad no produce arrogancia; destruye toda jactancia. Si la iniciativa pertenece a Dios, la gloria también le pertenece.

Tampoco produce pasividad. El mismo pasaje que afirma que fuimos escogidos en Cristo declara la finalidad: “para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”. La gracia eterna se manifiesta en una vida transformada. No obedecemos para obligar a Dios a escogernos. Obedecemos porque Su gracia nos alcanzó en Cristo y ahora obra en nosotros.

Cuando el creyente atraviesa sufrimientos, puede recordar que su historia no está gobernada por el azar. Romanos 8:28 no promete que cada acontecimiento será agradable; afirma que Dios obra en todas las cosas conforme al bien definido en el versículo siguiente: conformarnos a la imagen de Su Hijo.

El propósito es anterior a nuestras pruebas, más grande que nuestros fracasos y más firme que nuestras emociones. Su seguridad descansa en Cristo.

Conclusión

Antes de que Dios dijera “Sea la luz”, Su propósito estaba centrado en el Hijo. Antes de que Adán pecara, el Cordero ocupaba Su lugar en el consejo divino. Antes de que existiera la Iglesia, la gracia ya había sido dada en Cristo dentro del propósito eterno.

La Biblia comienza con la creación, pero la creación comienza dentro de un propósito. Ese propósito se desarrolla en la historia, se manifiesta en la muerte expiatoria y la resurrección del Señor Jesucristo, forma un pueblo conforme a la imagen del Hijo y culminará cuando todas las cosas sean colocadas bajo Su Señorío.

Por eso comenzamos aquí. Para comprender la Escritura debemos comprender su centro. Y el centro del propósito eterno de Dios no es el hombre: **es Jesucristo nuestro Señor**.

CAPÍTULO II

EN EL PRINCIPIO

Cristo, el Verbo eterno y Creador de todas las cosas

> “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.”
> Juan 1:1 — RVR1960

Génesis comienza con Dios

> “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”
> Génesis 1:1 — RVR1960

La primera oración de la Biblia no intenta demostrar la existencia de Dios. La proclama. Antes de la materia, Dios es. Antes del tiempo, Dios es. Antes de la vida creada, Dios es.

El verbo hebreo *bārā’*, traducido “creó”, tiene a Dios como sujeto en el uso bíblico y destaca Su actividad creadora soberana. Génesis no presenta al universo naciendo de una lucha entre dioses rivales. Un solo Dios ordena, distingue, llena y gobierna Su creación.

La repetición “Y dijo Dios” revela que la creación responde a Su Palabra. La luz aparece porque Dios habla. Las aguas reciben sus límites porque Dios habla. La tierra produce porque Dios habla. El relato establece desde el comienzo una verdad que recorrerá toda la Escritura: la Palabra de Dios es eficaz. Lo que Él ordena llega a ser.

Pero el Nuevo Testamento nos conduce más profundamente hacia el misterio de esa Palabra.

Juan 1 no corrige Génesis: revela su profundidad

Juan abre su Evangelio con una expresión deliberadamente paralela: “En el principio”. Sin embargo, no dice que en el principio el Verbo comenzó a existir. Dice: “En el principio **era** el Verbo”. Cuando comenzó aquello que llamamos principio, el Verbo ya era.

Juan sostiene tres afirmaciones inseparables:

1. **El Verbo era en el principio.** Su existencia precede a la creación. 2. **El Verbo era con Dios.** Existe una distinción personal y una comunión eterna. 3. **El Verbo era Dios.** Posee plenamente la naturaleza divina.

La doctrina cristiana no debe sacrificar ninguna de estas verdades. Si negamos que el Verbo es Dios, destruimos Su deidad. Si negamos que estaba con Dios, confundimos las Personas y vaciamos el lenguaje de comunión que emplea el texto. Juan afirma a la vez distinción personal y unidad de naturaleza.

El término griego *Logos*, traducido “Verbo”, comunica aquí mucho más que una palabra pronunciada. El Hijo es la expresión personal y perfecta de Dios. Dios se ha dado a conocer definitivamente en Él.

Todas las cosas fueron hechas por medio de Él

Juan continúa:

> “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.”
> Juan 1:3 — RVR1960

La afirmación es universal. Todo lo que pertenece a la categoría de las cosas creadas llegó a existir por medio del Verbo. Por tanto, el Verbo no pertenece a esa categoría. No es la primera criatura; es el Creador.

El apóstol Pablo presenta la misma verdad:

> “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles… todo fue creado por medio de él y para él.”
> Colosenses 1:16 — RVR1960

Cristo es presentado como origen, agente y meta de la creación. Todo fue creado **en Él**, **por medio de Él** y **para Él**. El universo no solamente debe su existencia a Cristo; encuentra en Cristo su finalidad.

Hebreos añade que Dios hizo el universo por medio del Hijo y que el Hijo sustenta “todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:2–3). La creación no fue abandonada después de existir. Depende continuamente del poder del Hijo.

El Hijo y la revelación del Dios invisible

Juan declara: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). El verbo traducido “ha dado a conocer” se relaciona con la idea de explicar o revelar. De allí procede nuestra palabra “exégesis”. El Hijo es, por decirlo reverentemente, la exégesis perfecta del Padre.

Cuando Cristo habla, no ofrece información distante acerca de Dios. Él revela al Padre porque comparte eternamente Su naturaleza y vive en comunión con Él. Por eso pudo decir: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9). No afirmó ser la misma Persona que el Padre; declaró que el Padre es perfectamente revelado en Él.

Esta verdad ilumina el Antiguo Testamento. El Dios que crea, habla, salva y se revela no es contrario al Dios manifestado en Jesucristo. El Hijo no vino a corregir el carácter del Padre. Vino a manifestarlo.

La vida y la luz

> “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”
> Juan 1:4 — RVR1960

La vida no es algo que Cristo recibe de la creación. Está en Él. La criatura posee vida derivada; el Hijo tiene vida en Sí mismo (Juan 5:26). Esta distinción explica por qué solamente Él puede comunicar vida eterna.

La luz de Génesis vence la oscuridad física por mandato de Dios. La luz del Evangelio resplandece en medio de las tinieblas espirituales y revela la gloria de Dios en la faz de Jesucristo (2 Corintios 4:6). El

apóstol Pablo toma el lenguaje creador de Génesis para explicar la conversión: el mismo Dios que ordenó que de las tinieblas resplandeciese la luz es quien resplandece en nuestros corazones.

La salvación es, por tanto, una obra de nueva creación. No consiste en mejorar superficialmente al viejo hombre. Dios comunica vida donde había muerte y luz donde reinaban tinieblas.

"Hagamos al hombre a nuestra imagen"

Génesis 1:26 registra el consejo divino: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". Debemos evitar construir toda la doctrina de la Trinidad sobre el plural de una sola frase. Sin embargo, a la luz de la revelación completa, este lenguaje resulta plenamente armonioso con lo que el Nuevo Testamento enseña acerca del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Génesis 1:2 presenta "al Espíritu de Dios" moviéndose sobre la faz de las aguas. Conservamos esa expresión porque así aparece en el texto de la RVR1960; pero, a la luz de la revelación bíblica completa, reconocemos que se refiere al **Espíritu Santo**, la tercera Persona de la Trinidad, no a una fuerza impersonal. Dios crea mediante Su Palabra. El Nuevo Testamento identifica al Hijo eterno como el Verbo por medio de quien todas las cosas fueron hechas. La revelación posterior no introduce tres dioses; manifiesta con mayor claridad al único Dios verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El ser humano fue creado a imagen de Dios y recibió responsabilidad sobre la tierra. El pecado dañó profundamente su condición, pero no anuló el propósito divino. Cristo es "la imagen del Dios invisible" (Colosenses 1:15), y en Él la humanidad encuentra tanto su modelo perfecto como su restauración.

Cristo, el postrer Adán

La creación del primer hombre prepara una comparación que el apóstol Pablo desarrollará en Romanos 5 y 1 Corintios 15. Adán fue cabeza de una humanidad caída. Cristo es el postrer Adán y Cabeza de una nueva humanidad.

> "Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante."
> 1 Corintios 15:45 — RVR1960

Adán recibió vida; Cristo comunica vida. El primero es terrenal; el segundo, el Señor, es del cielo. En Adán todos mueren; en Cristo serán vivificados quienes le pertenecen (1 Corintios 15:22–23).

Esta comparación no convierte a Cristo en una criatura. Señala Su verdadera encarnación y Su posición representativa. El Creador tomó naturaleza humana sin dejar de ser Dios, obedeció donde Adán desobedeció y abrió, mediante Su muerte y resurrección, el camino de la nueva creación.

Aplicación pastoral: la creación pertenece a Cristo

Si todo fue creado por medio de Cristo y para Cristo, nuestra vida no nos pertenece de manera absoluta. No somos propietarios independientes de nuestro cuerpo, nuestros dones, nuestro tiempo o nuestros recursos. Todo encuentra su uso correcto cuando es rendido al Señor.

Esta verdad también sostiene la fe en medio del desorden. El mundo caído no se encuentra fuera del alcance de su Creador. Aquel que sostiene todas las cosas no ha perdido el control de la historia. Su

paciencia no es impotencia, y Su aparente demora no significa abandono. La creación gime, pero espera la manifestación de la gloria venidera (Romanos 8:19–23).

Además, si Cristo es Creador, ningún pecado ha destruido Su capacidad para hacer nuevas todas las cosas. El mismo poder que hizo resplandecer la luz puede iluminar el corazón más oscuro. El mismo Señor que llamó a la existencia lo que no era puede levantar al muerto espiritual y transformar al creyente por Su Espíritu.

Conclusión

Génesis declara que Dios creó. Juan revela que el Verbo estaba con Dios, era Dios y que todas las cosas fueron hechas por medio de Él. El apóstol Pablo enseña que todo fue creado para Él. Hebreos proclama que Él sostiene el universo con la palabra de Su poder.

La primera página de la Biblia ya pertenece a Cristo. Él no es un visitante tardío dentro de la creación. Es su Autor, Sustentador y Meta.

Cuando leemos “En el principio”, debemos levantar la mirada hacia Aquel que ya era: **Jesucristo, el Verbo eterno**.

CAPÍTULO III

LA SIMIENTE DE LA MUJER

La primera promesa de la victoria de Cristo

> “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.”
> Génesis 3:15 — RVR1960

De la creación buena a la rebelión

Génesis 1 concluye declarando que todo lo creado por Dios era “bueno en gran manera”. La entrada del pecado en Génesis 3 no puede atribuirse a una imperfección moral del Creador. La rebelión entra mediante la desobediencia de la criatura.

La serpiente comienza atacando la Palabra: “¿Conque Dios os ha dicho…?” (Génesis 3:1). Primero introduce sospecha; después contradice abiertamente la advertencia divina: “No moriréis” (3:4); finalmente presenta a Dios como si estuviera reteniendo algo bueno.

El patrón de la tentación queda expuesto. El pecado busca separar el don del Dador, la libertad de la obediencia y el conocimiento de la dependencia de Dios. La criatura intenta definir el bien y el mal en autonomía.

Adán y Eva comen. Inmediatamente aparecen vergüenza, temor, ocultamiento y acusación. La serpiente había prometido exaltación; produjo esclavitud. Había negado la muerte; introdujo su dominio.

Dios busca al ser humano caído

Después del pecado, el hombre se esconde, pero Dios pregunta: “¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9). La pregunta no revela ignorancia divina. Confronta al pecador y lo llama a salir de su escondite.

La gracia toma la iniciativa. Adán no organiza su regreso a Dios. Dios se acerca, pregunta, expone y juzga. La gracia bíblica nunca llama inocente al pecado. Precisamente porque Dios es santo, la reconciliación requerirá una obra que satisfaga Su justicia.

Antes de anunciar la sentencia final sobre el hombre y la mujer, Dios habla a la serpiente. Dentro de esas palabras de juicio aparece la primera promesa de victoria.

El protoevangelio

Génesis 3:15 ha sido llamado tradicionalmente el *protoevangelio*, es decir, el primer anuncio del Evangelio. El versículo no contiene todavía toda la claridad que encontraremos en Isaías 53, los Evangelios o Romanos. Es una semilla de revelación. Pero dentro de ella ya se encuentran elementos que se desarrollarán a lo largo de toda la Biblia:

- Habrá enemistad establecida por Dios.
- La lucha avanzará mediante dos líneas opuestas.

- La victoria llegará por medio de la Simiente de la mujer.
- El vencedor será herido.
- La serpiente sufrirá un golpe decisivo en la cabeza.

La promesa no dice que la humanidad se rescatará mediante educación, progreso o esfuerzo religioso. Dios anuncia que levantará un Vencedor.

"La simiente suya"

La palabra hebrea *zera'* puede funcionar colectivamente y referirse a descendencia, pero también puede concentrarse en un descendiente representativo. El desarrollo posterior de la revelación mostrará ambas dimensiones: existe una línea de fe que se opone a la serpiente, y esa línea alcanza su cumplimiento definitivo en una Persona.

El apóstol Pablo empleará un razonamiento semejante al explicar la promesa dada a Abraham: "No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo" (Gálatas 3:16). El apóstol Pablo no niega que Abraham tuviera muchos descendientes. Identifica a Cristo como el Descendiente en quien la promesa alcanza su centro y cumplimiento.

Desde Génesis 3, la narración bíblica comienza a seguir la línea de la simiente prometida. Pasará por Set, Noé, Sem, Abraham, Isaac, Jacob, Judá y David. Las genealogías que a veces parecen difíciles o secundarias protegen el testimonio histórico de la promesa. Mateo comienza su Evangelio llamando a Jesucristo "hijo de David, hijo de Abraham" (Mateo 1:1). Lucas lleva Su genealogía hasta Adán (Lucas 3:38). El Vencedor prometido entra verdaderamente en la familia humana.

Herido en el calcañar

La victoria prometida no será obtenida sin sufrimiento. La serpiente herirá el calcañar de la Simiente. A medida que progresa la revelación, esta herida adquiere contornos más definidos: el Siervo será herido por nuestras rebeliones (Isaías 53:5), el Mesías será quitado (Daniel 9:26) y el Pastor será herido (Zacarías 13:7).

Durante la crucifixión —la muerte sacrificial del Señor Jesucristo en el Calvario—, los poderes de las tinieblas parecieron triunfar. El Señor Jesucristo fue rechazado, azotado, clavado y sepultado. Sin embargo, aquello que parecía Su derrota fue el medio establecido por Dios para la derrota de ellos.

> "Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz."
> Colosenses 2:15 — RVR1960

La obra redentora del Calvario no fue una batalla entre fuerzas equivalentes cuyo resultado permanecía incierto. El Hijo entregó voluntariamente Su vida, cargó nuestros pecados y satisfizo las demandas de la justicia divina. Satanás no comprendió la profundidad de la sabiduría de Dios. Mediante Su muerte, el Señor Jesucristo destruyó "al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo" y libró a quienes estaban sujetos a servidumbre por el temor de la muerte (Hebreos 2:14–15, RVR1960).

El golpe en la cabeza

La herida en la cabeza comunica un golpe decisivo. La resurrección de Jesucristo declaró públicamente que la muerte no pudo retenerlo. El sepulcro vacío no es solamente consuelo emocional; es la proclamación histórica de que la autoridad del pecado y de la muerte fue quebrantada.

La victoria ya fue obtenida, aunque su manifestación final todavía espera. Satanás continúa actuando, pero lo hace como un enemigo juzgado. Jesús habló de "el príncipe de este mundo" siendo echado fuera (Juan 12:31) y dijo que el juicio ya había sido pronunciado sobre él (Juan 16:11).

Romanos conecta la promesa de Génesis con la esperanza de la Iglesia:

> "Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies."
> Romanos 16:20 — RVR1960

La Iglesia participa de la victoria únicamente por su unión con Cristo. No aplasta a Satanás mediante suficiencia humana, fórmulas o orgullo espiritual. El Dios de paz lo hace, y lo hace bajo los pies de aquellos que pertenecen al Vencedor.

Apocalipsis mostrará la consumación: el dragón, identificado como "la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás" (Apocalipsis 12:9), será finalmente arrojado al lago de fuego (Apocalipsis 20:10). La serpiente de Génesis 3 no desaparece de la historia; reaparece en el último libro para recibir la sentencia anunciada desde el primero.

La promesa y el nacimiento virginal

Génesis 3:15 no constituye, por sí solo, una exposición completa del nacimiento virginal. Sin embargo, su manera particular de hablar de "la simiente de la mujer" armoniza profundamente con la revelación posterior.

Isaías anunciará: "He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel" (Isaías 7:14). Mateo declara que el nacimiento de Jesús cumplió esa palabra (Mateo 1:22–23). El Hijo fue verdaderamente nacido de mujer (Gálatas 4:4), compartió nuestra humanidad sin participar del pecado y vino para redimir a los que estaban bajo la ley.

El Vencedor debía ser humano para representarnos, pero no podía ser un pecador necesitado de redención. En Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, la promesa encuentra su cumplimiento perfecto.

Dos humanidades, dos cabezas

Génesis 3 introduce una división espiritual que atraviesa la Escritura. No se trata de una superioridad racial ni de una enemistad meramente biológica. Caín y Abel nacerán de los mismos padres, pero manifestarán dos respuestas diferentes ante Dios. Una línea vive en incredulidad y rebelión; otra se acerca por fe sobre la base establecida por Dios.

El Nuevo Testamento lleva esta distinción hasta sus dos cabezas representativas: Adán y Cristo. Por la desobediencia de uno, muchos fueron constituidos pecadores; por la obediencia de Uno, muchos serán constituidos justos (Romanos 5:19).

La salvación no consiste solamente en recibir ayuda del segundo Adán mientras permanecemos bajo la cabeza del primero. Mediante la fe somos unidos a Cristo. Su muerte cuenta como nuestra muerte con respecto al dominio del pecado; Su resurrección introduce una nueva vida; Su justicia constituye la base de nuestra aceptación delante de Dios.

Aplicación pastoral: la promesa aparece en medio de las ruinas

Génesis 3 nos enseña que Dios puede anunciar victoria en el mismo lugar donde el pecado produjo devastación. Adán y Eva contemplaban las consecuencias de su rebelión, pero antes de abandonar el huerto escucharon que la serpiente no tendría la última palabra.

La esperanza bíblica no niega las ruinas. Las mira a la luz de la promesa. El creyente no necesita llamar bueno a lo malo ni fingir que el sufrimiento no duele. Puede reconocer la gravedad del pecado y, al mismo tiempo, confesar que Cristo ha vencido.

También aprendemos que la victoria de Dios frecuentemente se manifiesta mediante aquello que el mundo interpreta como debilidad. El calcañar herido y la cabeza aplastada aparecen en una sola profecía. La muerte expiatoria del Señor Jesucristo implicó sufrimiento verdadero y produjo triunfo verdadero. El Cordero vence siendo inmolado.

Por eso, cuando la Iglesia sufre por fidelidad a Cristo, no debe interpretar automáticamente el sufrimiento como abandono divino. La resurrección demuestra que Dios puede convertir el lugar de aparente derrota en escenario de Su victoria.

Conclusión

La primera promesa del Evangelio fue pronunciada por Dios mismo en el huerto caído. Antes de que existiera Israel, antes de la ley, antes del tabernáculo y antes de los profetas, Dios anunció la venida de la Simiente.

La serpiente heriría al Vencedor, pero no podría destruirlo. Cristo entraría en nuestra humanidad, cargaría el pecado, moriría y resucitaría. Mediante Su herida asestaría el golpe decisivo al enemigo.

Génesis 3:15 coloca la historia bíblica en movimiento hacia Belén, el Calvario, el sepulcro vacío y el Reino venidero. Desde la primera promesa, la esperanza posee un Nombre: **Jesucristo**.

RESUMEN DOCTRINAL DE LOS CAPÍTULOS I–III

1. El propósito de Dios es anterior a la creación y está centrado en Cristo. 2. La redención no fue una reacción improvisada; el Cordero ocupaba Su lugar en el consejo eterno de Dios. 3. El propósito culminará al reunir todas las cosas bajo el Señorío de Jesucristo. 4. El Verbo es eterno, estaba con Dios y es Dios. 5. Todas las cosas fueron creadas por medio de Cristo, son sostenidas por Él y existen para Él. 6. La caída introdujo el pecado y la muerte, pero no anuló el propósito divino. 7. Génesis 3:15 contiene el primer anuncio de la Simiente vencedora. 8. La muerte expiatoria del Señor Jesucristo fue la herida anunciada del Vencedor y, al mismo tiempo, Su triunfo sobre los poderes de las tinieblas. 9. La resurrección declara la victoria de Cristo; Su regreso manifestará su consumación. 10. Toda la gloria pertenece a Dios, porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas.

CAPÍTULO IV

ABEL: LA SANGRE QUE HABLA

El camino de la fe y el sacrificio aceptado por Dios

> “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio de que era justo, dando Dios testimonio de sus ofrendas; y muerto, aún habla por ella.”
> Hebreos 11:4 — RVR1960

Dos hermanos delante de Dios

Después de la expulsión del huerto, Génesis dirige nuestra atención hacia Caín y Abel. Ambos nacieron fuera del Edén. Ambos pertenecían a la humanidad caída. Ambos conocían que Dios debía ser adorado. Ambos se presentaron con una ofrenda. Sin embargo, Dios miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró con agrado a Caín ni a la suya (Génesis 4:4–5).

La diferencia no puede explicarse diciendo simplemente que uno era religioso y el otro no. Los dos realizaron un acto religioso. La pregunta es más profunda: **¿cómo se acerca el pecador al Dios santo?**

La Escritura no enseña que Caín fuera rechazado meramente porque era agricultor ni que todo fruto de la tierra fuera, por naturaleza, una ofrenda inaceptable. Más adelante, la ley incluiría ofrendas vegetales dentro del culto establecido por Dios. El problema no reside sencillamente en la profesión de Caín ni en la materia aislada de su presente. Hebreos revela la distinción esencial: “Por la fe Abel ofreció”.

La fe bíblica no es imaginación religiosa ni confianza en la sinceridad personal. “La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Abel respondió a la revelación que había recibido; Caín pretendió acercarse en sus propios términos.

El sacrificio “más excelente”

Hebreos 11:4 emplea la expresión griega *pleiona thysian*, un sacrificio mayor o más excelente. La superioridad no descansa en el valor económico de la ofrenda, sino en aquello que expresaba acerca de Dios, del pecado y del camino de acceso.

Abel trajo “de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas” (Génesis 4:4). El texto destaca prioridad y excelencia. No entregó a Dios un residuo. Reconoció que lo primero y lo mejor pertenecían al Señor.

Además, la ofrenda implicaba muerte. La vida de una víctima inocente era presentada. Génesis todavía no ofrece el sistema detallado de Levítico, pero la línea de la revelación comienza a mostrar que el pecado no puede ser tratado como un asunto superficial. El acercamiento a Dios requiere la provisión que Él acepta.

Esta verdad no significa que la sangre de animales pudiera quitar pecados. Hebreos 10:4 declara que eso era imposible. Los sacrificios antiguos miraban hacia adelante. Su eficacia no se encontraba en el animal mismo, sino en la obra perfecta de Cristo que Dios había determinado y que sería manifestada en el cumplimiento del tiempo.

Primero la persona; después, la ofrenda

Génesis dice que Jehová miró con agrado “a Abel y a su ofrenda”, pero no miró con agrado “a Caín y a la ofrenda suya”. El orden es revelador. Dios no separa el acto de adoración de la condición del adorador.

Abel no fue hecho justo porque el valor material de su sacrificio comprara el favor divino. Hebreos afirma que, mediante la fe, “alcanzó testimonio de que era justo”. La ofrenda manifestó una fe que dependía de Dios.

Caín, en cambio, se airó cuando Dios no aprobó su culto. Su reacción descubrió lo que su ceremonia ocultaba. No buscaba únicamente honrar a Dios; exigía que Dios honrara el camino que él había escogido.

La religión humana continúa repitiendo el error de Caín cuando ofrece obras, disciplina, conocimiento o servicio como fundamento de aceptación. Esas cosas pueden ocupar un lugar legítimo como fruto de la fe, pero jamás pueden sustituir la justicia que Dios provee en Cristo.

La advertencia de la gracia

Dios no destruyó inmediatamente a Caín. Le habló:

> “¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él.”
> Génesis 4:6–7 — RVR1960

La pregunta divina confronta el corazón. Caín no era una víctima inocente de una decisión arbitraria. Dios le mostró que existía un camino correcto y le advirtió que el pecado estaba agazapado a la puerta, como una bestia preparada para dominarlo.

Aquí aparece tempranamente la naturaleza progresiva del pecado. La adoración autosuficiente conduce al resentimiento; el resentimiento alimentado conduce al odio; el odio produce homicidio. Santiago describirá un proceso semejante: la concupiscencia concibe, da a luz el pecado y el pecado consumado produce muerte (Santiago 1:14–15).

La advertencia era misericordiosa. Dios expuso el peligro antes del crimen. Pero Caín no humilló su corazón.

El justo asesinado por el injusto

Caín llevó a Abel al campo y lo mató. Jesús llamó a Abel “justo” (Mateo 23:35) y colocó su sangre al comienzo de la larga historia del sufrimiento de los testigos fieles.

Abel se convierte así en el primer mártir registrado en la Escritura. No murió porque hubiera abandonado la fe, sino porque su obediencia puso en evidencia las obras malas de su hermano. Juan lo explica:

> “No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.”
> 1 Juan 3:12 — RVR1960

La fidelidad de Abel no impidió que sufriera. Sin embargo, su muerte tampoco anuló el testimonio de Dios acerca de él. La aprobación del cielo no siempre produce reconocimiento en la tierra. A veces provoca oposición.

Este patrón alcanzará su expresión suprema en Jesucristo. El Santo fue rechazado por hombres religiosos. Pilato reconoció que los principales sacerdotes lo habían entregado por envidia (Marcos 15:10). Como Abel, Cristo fue muerto siendo justo; pero, a diferencia de Abel, entregó voluntariamente Su vida para salvar a los injustos.

"La voz de la sangre de tu hermano clama"

Después del homicidio, Dios preguntó: "¿Dónde está Abel tu hermano?". Caín respondió: "No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Génesis 4:9).

La mentira y la dureza del corazón aparecen juntas. Caín intenta negar responsabilidad, pero Dios declara:

> "La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra."
> Génesis 4:10 — RVR1960

La sangre de Abel clama por justicia. El crimen oculto delante de los hombres permanece completamente visible delante de Dios. La tierra puede absorber la sangre, pero no puede silenciar su testimonio.

Hebreos 12 establece una comparación gloriosa. Los creyentes se han acercado "a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel" (Hebreos 12:24).

La sangre de Abel habla, pero la sangre de Jesús habla **mejor**. La primera clama desde la tierra denunciando la culpa del homicida. La sangre de Cristo proclama que la justicia divina ha sido satisfecha y que existe perdón para el culpable que se acerca por fe.

No significa que la sangre del Señor Jesucristo pida a Dios que ignore el pecado. Habla mejor precisamente porque el pecado fue juzgado en el sacrificio perfecto del Hijo. En Su obra expiatoria se encontraron la justicia y la misericordia. Dios permanece justo y, al mismo tiempo, justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:26, RVR1960).

Abel y Cristo: semejanza y superioridad

Abel anticipa un patrón, pero Cristo lo supera infinitamente.

- Abel fue un hombre justo por la fe; Cristo es el Justo por naturaleza.
- Abel ofreció un sacrificio aceptable; Cristo se ofreció a Sí mismo como sacrificio perfecto.
- Abel murió involuntariamente a manos de su hermano; Cristo entregó voluntariamente Su vida por Sus enemigos.
- La sangre de Abel clama por justicia; la sangre de Cristo establece el fundamento de la justificación.
- Abel permaneció en la tumba; Cristo resucitó victorioso.

Por eso, Abel no es el Salvador. Es un testigo que señala hacia la necesidad y la grandeza del Salvador.

El camino de Caín

Judas 11 advierte acerca de quienes “han seguido el camino de Caín”. Ese camino es más que un homicidio antiguo. Es una orientación espiritual: acercarse a Dios sin someterse a Su verdad, rechazar la corrección, odiar al justo y construir una vida lejos de la presencia del Señor.

Después del juicio, Caín salió de delante de Jehová y edificó una ciudad. Su descendencia desarrolló ganadería, música y metalurgia. La cultura avanzó, pero el corazón continuó alejándose de Dios. Lamec transformó la violencia en motivo de orgullo (Génesis 4:23–24).

La Escritura no condena el desarrollo cultural en sí mismo. Demuestra que el progreso humano no puede curar el pecado. Una sociedad puede producir arte, tecnología y riqueza mientras se vuelve más violenta y autosuficiente. El problema fundamental del hombre no es la falta de herramientas, sino la separación de Dios.

Aplicación pastoral: acercarnos por el camino provisto

Abel nos enseña que la adoración verdadera comienza con fe. No preguntamos primero qué deseamos ofrecer, sino qué ha provisto y revelado Dios. Bajo el nuevo pacto, no traemos otro sacrificio por el pecado. Descansamos en la ofrenda consumada de Jesucristo.

> “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.”
> Hebreos 10:14 — RVR1960

La oración, el ayuno, el servicio y la obediencia poseen valor en la vida cristiana, pero ninguno puede añadirse al precio de la redención. Son respuestas de gratitud y frutos de comunión; no constituyen otro Calvario.

Abel también consuela a quienes son rechazados por causa de la justicia. El testimonio humano puede ser silenciado, pero Dios no olvida la fidelidad. Abel murió, pero “aún habla”. La vida entregada en fe conserva una voz delante de Dios.

Conclusión

En las puertas de la historia humana aparecen dos caminos. Caín representa el esfuerzo religioso que rehúsa someterse a la provisión de Dios. Abel representa la fe que se acerca sobre la base establecida por el Señor.

Pero la historia no termina con la sangre de Abel clamando desde la tierra. Avanza hacia la sangre de Jesucristo, derramada una vez y para siempre, que habla perdón, reconciliación y acceso al Lugar Santísimo.

El sacrificio de Abel fue más excelente que el de Caín. El sacrificio de Cristo es infinitamente superior a todos: **el Justo murió por los injustos para llevarnos a Dios**.

CAPÍTULO V

NOÉ: GRACIA EN MEDIO DEL JUICIO

El arca, la salvación y la paciencia de Dios

> “Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová.”
> Génesis 6:8 — RVR1960

La expansión del pecado

Los capítulos posteriores a la caída muestran que el pecado no permanece inmóvil. Lo que comenzó con desobediencia en el huerto se manifestó en homicidio, violencia, corrupción y rebelión colectiva.

Génesis 6 ofrece una de las descripciones más solemnes de la condición humana:

> “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.”
> Génesis 6:5 — RVR1960

El juicio del diluvio no surge de una irritación repentina. Responde a una corrupción profunda, continua y universal. La violencia llenaba la tierra. La creación que Dios había declarado buena era empleada ahora como escenario de maldad.

Sin embargo, en medio del anuncio del juicio aparece una de las palabras más hermosas de la Escritura: **gracia**.

Noé halló gracia

Génesis no dice primero que Noé produjo gracia mediante una vida perfecta. Dice que la halló. El sustantivo hebreo *ḥēn* comunica favor o benevolencia. La iniciativa procede de Dios.

El versículo siguiente describe a Noé como varón justo, perfecto en sus generaciones y caminando con Dios (Génesis 6:9). Estas características no contradicen la prioridad de la gracia. Muestran su fruto. Noé no fue impecable, como comprobará la narración posterior. Fue un hombre que creyó a Dios y cuya vida manifestó esa fe.

Hebreos interpreta el acontecimiento:

> “Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.”
> Hebreos 11:7 — RVR1960

La gracia habló; la fe respondió; la obediencia construyó.

Fe respecto de cosas que no se veían

Noé recibió una advertencia acerca de un juicio futuro. No tenía delante de sus ojos la evidencia visible del diluvio cuando comenzó a preparar el arca. Su confianza descansó en la Palabra de Dios.

Esta es una característica esencial de la fe bíblica. No es creer sin fundamento; es confiar en el testimonio del Dios que no puede mentir, aun cuando el cumplimiento todavía no se ha manifestado.

Durante el tiempo de construcción, cada golpe dado al arca proclamaba que Dios había hablado. El apóstol Pedro llama a Noé “pregonero de justicia” (2 Pedro 2:5). Su obra y su mensaje testificaban juntos.

La demora aparente no anuló la promesa. Cada día sin diluvio era un día adicional de paciencia divina, no una demostración de que el juicio jamás llegaría.

La paciencia de Dios

La primera epístola del apóstol Pedro recuerda “los días de Noé, mientras se preparaba el arca”, cuando “la paciencia de Dios esperaba” (1 Pedro 3:20, RVR1960). El juicio fue real, pero no precipitado. Dios concedió tiempo.

La paciencia divina nunca debe confundirse con indiferencia moral. La segunda epístola del apóstol Pedro confronta a los burladores que interpretan la demora del regreso del Señor Jesucristo como evidencia de que nada sucederá. El apóstol Pedro responde recordando precisamente el diluvio y declara que el Señor es paciente, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9, RVR1960).

El día de gracia es una invitación, no una garantía de que el juicio ha sido cancelado. La puerta permanece abierta durante el tiempo determinado por Dios; después se cierra.

Un arca según el diseño de Dios

Dios dio a Noé instrucciones concretas. El arca no fue producto de creatividad religiosa. Sus dimensiones, materiales y distribución respondían al mandato divino.

Esto establece un principio: en materia de salvación, Dios define el medio. Noé no podía modificar el diseño y después exigir la protección prometida. La fe toma en serio la Palabra.

El arca tenía una puerta (Génesis 6:16). Por ella entrarían Noé, su familia y los animales preservados. Cuando llegó el momento, “Jehová le cerró la puerta” (Génesis 7:16). La seguridad final no descansaba en la fuerza de Noé sosteniendo la entrada, sino en el acto de Dios que los encerró dentro del medio provisto.

El arca y Cristo

El Nuevo Testamento no declara explícitamente que cada detalle arquitectónico del arca sea un símbolo de Cristo. Debemos evitar alegorías sin fundamento. Sin embargo, el acontecimiento completo presenta una correspondencia legítima con la salvación que Dios concede.

Existe un juicio anunciado. Dios mismo provee un medio de rescate. La salvación se recibe creyendo Su Palabra y entrando en aquello que Él ha provisto. Fuera del arca, el juicio cae; dentro de ella, quienes confiaron en Dios son preservados.

Cristo es el refugio definitivo del pecador. Estar “en Cristo” es participar de una nueva posición delante de Dios. El apóstol Pablo repite esta expresión para describir la unión del creyente con el Señor. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

No somos salvos por admirar el arca desde lejos, discutir sus dimensiones o reconocer intelectualmente que podía flotar. Noé entró. Del mismo modo, el Evangelio no llama solamente a reconocer que Cristo existe, sino a creer en Él.

El juicio y la salvación en el mismo acontecimiento

Las mismas aguas que juzgaron al mundo levantaron el arca. El diluvio manifiesta simultáneamente santidad y misericordia. Dios no salvó a Noé fingiendo que la maldad no importaba; lo preservó mediante el medio que Su gracia había establecido.

La muerte expiatoria del Señor Jesucristo revela esta unión de manera suprema. Allí el pecado fue juzgado y se estableció el fundamento sobre el cual el pecador creyente es salvado. El Señor Jesucristo no evitó la justicia; la satisfizo. El juicio que nos correspondía cayó sobre el Sustituto, y por Su resurrección somos introducidos en vida nueva.

La primera epístola del apóstol Pedro relaciona las aguas del diluvio con el bautismo, aclarando que no se trata de quitar suciedad del cuerpo, sino de una aspiración de buena conciencia hacia Dios “por la resurrección de Jesucristo” (1 Pedro 3:21, RVR1960). El poder salvador no reside en una ceremonia externa separada de la fe, sino en el Señor Jesucristo resucitado.

“Como en los días de Noé”

Jesús utilizó los días de Noé para enseñar acerca de la inesperada llegada del juicio:

> “Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.”
> Mateo 24:38–39 — RVR1960

Comer, beber y casarse no son pecados en sí mismos. El énfasis recae en una vida absorbida por lo cotidiano e indiferente a la advertencia divina. El mundo continuaba su rutina mientras el juicio se aproximaba.

El peligro espiritual no siempre se presenta como hostilidad abierta. Puede manifestarse como una normalidad que deja a Dios completamente fuera. Las personas atienden todos los asuntos temporales y descuidan el eterno.

Un nuevo comienzo y la permanencia del problema

Cuando las aguas descendieron, Noé salió del arca y edificó un altar. Su primera acción registrada fue adorar. Dios estableció Su pacto y colocó el arco iris como señal de que no volvería a destruir toda carne mediante un diluvio.

Sin embargo, el pecado no había sido eliminado del corazón humano. El episodio posterior de Noé y la conducta de sus hijos demuestran que un nuevo ambiente no produce, por sí mismo, una nueva naturaleza.

El diluvio pudo limpiar la superficie de la tierra, pero no podía efectuar la regeneración. Esa obra requería un pacto mejor, un sacrificio mejor y la acción del Espíritu Santo.

La historia de Noé, por tanto, crea esperanza y expectativa. Dios preserva la línea de la promesa, pero la humanidad todavía necesita al Salvador.

Aplicación pastoral: construir conforme a la Palabra

Noé obedeció durante un período prolongado sin permitir que la opinión de su generación determinara su fidelidad. La Iglesia también es llamada a vivir por la Palabra en medio de una cultura que puede considerar absurda la esperanza del regreso de Cristo.

La fidelidad no consiste en predecir fechas que Dios no ha revelado. Consiste en creer lo que sí ha dicho, anunciar el Evangelio y vivir de manera santa mientras esperamos.

Noé también enseña la responsabilidad espiritual hacia la familia. Hebreos dice que preparó el arca “en que su casa se salvase”. Esto no significa que la fe de un padre sustituye automáticamente la fe personal de cada miembro. Muestra que una obediencia auténtica ejerce influencia y crea un testimonio dentro del hogar.

Conclusión

En una tierra llena de violencia, Noé halló gracia. Creyó la advertencia de Dios, preparó el arca y fue preservado con su casa. El relato proclama que el juicio divino es real, que la paciencia de Dios es extensa y que Su provisión es suficiente.

Pero el arca señala más allá de sí misma. Existe un refugio definitivo, no construido por manos humanas: Jesucristo. En Él no solamente escapamos de un juicio temporal; recibimos vida eterna, justicia y reconciliación con Dios.

La pregunta central no es si admiramos la historia de Noé. Es si hemos entrado, por la fe, en el refugio que Dios ha provisto en Su Hijo.

CAPÍTULO VI

ABRAHAM: LA PROMESA Y LA SIMIENTE

Bendición para todas las familias de la tierra

> “Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.”
> Génesis 12:3 — RVR1960

De Babel al llamamiento de un hombre

Génesis 11 presenta a la humanidad reunida en Babel, buscando un nombre, una ciudad y una torre cuya cúspide llegara al cielo. Dios había mandado llenar la tierra; los hombres decidieron concentrarse para impedir su dispersión. Babel representa unidad organizada alrededor de la autonomía humana.

El Señor confundió sus lenguas y los esparció. Las naciones aparecen divididas, pero el propósito de bendición no desaparece. Inmediatamente después, Génesis dirige la historia hacia Abram.

El contraste es notable. En Babel, los hombres dicen: “Hagámonos un nombre” (Génesis 11:4). A Abram, Dios le promete: “Engrandeceré tu nombre” (Génesis 12:2). Lo que el orgullo intenta fabricar, la gracia lo concede conforme al propósito divino.

El Dios de gloria aparece

Esteban declara que “el Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham” cuando estaba en Mesopotamia (Hechos 7:2). La historia de Abraham no comienza con un buscador extraordinario descubriendo a Dios. Comienza con Dios revelándose y llamando.

Josué 24:2 recuerda que los antepasados de Abraham servían a otros dioses. Por tanto, su elección no descansó en una superioridad religiosa heredada. Fue gracia soberana.

> “Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.”
> Génesis 12:1 — RVR1960

El llamamiento exigía separación, pero venía acompañado de promesa. Dios formaría de él una nación grande, lo bendeciría, engrandecería su nombre y lo convertiría en bendición.

Una promesa con alcance universal

La promesa a Abraham incluye elementos personales, nacionales y universales. Dios tratará con un hombre, formará una nación y, mediante esa línea, alcanzará a todas las familias de la tierra.

Esto demuestra que la elección divina no debe interpretarse como favoritismo vacío. Abraham es bendecido para ser bendición. Israel será separado de las naciones, pero de Israel vendrá Aquel por medio de quien la salvación será anunciada a las naciones.

El apóstol Pablo llama a Génesis 12:3 un anuncio anticipado del Evangelio:

> “Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones.”
> Gálatas 3:8 — RVR1960

El Evangelio no aparece desconectado del Antiguo Testamento. La promesa a Abraham ya contenía la dirección misionera del propósito de Dios.

Abraham creyó a Dios

El problema humano parecía hacer imposible el cumplimiento. Abraham no tenía hijo, y el tiempo avanzaba. En Génesis 15, Dios lo llevó afuera y le dijo que mirara las estrellas: “Así será tu descendencia”. Entonces aparece una de las afirmaciones fundamentales de toda la doctrina bíblica:

> “Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.”
> Génesis 15:6 — RVR1960

El verbo “creyó” proviene de la raíz hebrea *’āman*, relacionada con firmeza, confiabilidad y apoyo. Abraham descansó en la fidelidad de Dios. La justicia le fue “contada” o acreditada.

El apóstol Pablo desarrolla esta verdad en Romanos 4. Abraham no fue justificado por obras, porque entonces tendría de qué gloriarse. Tampoco fue justificado por la circuncisión, pues Génesis 15 precede a Génesis 17. Recibió la justicia por la fe, para ser padre de todos los creyentes, tanto incircuncisos como circuncisos que siguen las pisadas de esa fe.

La fe no es una obra meritoria que reemplaza otras obras. Es la mano vacía que recibe lo que Dios promete por gracia.

La Simiente es Cristo

Gálatas concentra la promesa en Jesucristo:

> “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo.”
> Gálatas 3:16 — RVR1960

La descendencia de Abraham posee una dimensión colectiva real. La nación de Israel procede históricamente de él y conserva un lugar definido dentro de los pactos y promesas de Dios. Pero el apóstol Pablo enseña que la promesa alcanza su centro personal en Cristo.

Jesús no es una aplicación secundaria añadida siglos después. Él es la Simiente hacia la cual avanzaba la línea de Abraham. Mateo abre el Nuevo Testamento diciendo: “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1).

En Cristo, la bendición de Abraham alcanza a los gentiles, para que reciban por la fe la promesa del Espíritu (Gálatas 3:14). Esto no convierte a la Iglesia en Israel ni cancela las promesas nacionales que Dios confirmó. Muestra que la salvación para todas las naciones siempre estuvo vinculada al Mesías prometido por medio de Israel.

La promesa y los intentos de la carne

La vida de Abraham no es un relato de fe ininterrumpida y perfecta. Hubo temor, decisiones equivocadas e intentos de producir humanamente aquello que Dios había prometido.

El nacimiento de Ismael mediante Agar representa el esfuerzo por cumplir la promesa utilizando recursos de la carne. Gálatas 4 emplea el episodio para contrastar esclavitud y promesa. La lección no desprecia a Ismael como persona; revela que el propósito de Dios no puede ser producido por suficiencia humana.

Isaac debía nacer cuando la incapacidad natural de Abraham y Sara fuera evidente. De esa manera, la gloria pertenecería a Dios.

> "Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido."
> Romanos 4:20–21 — RVR1960

La fe glorifica a Dios porque confiesa Su suficiencia.

"Toma ahora tu hijo, tu único"

Génesis 22 conduce la fe de Abraham a una prueba extraordinaria. Dios le ordenó ofrecer a Isaac, el hijo de la promesa. El mandato no puede aislarse del desenlace ni utilizarse para justificar sacrificios humanos. Dios detuvo la mano de Abraham y proveyó un carnero. La prueba reveló la fe y preparó una de las imágenes más poderosas de la provisión divina.

Hebreos explica que Abraham consideró que Dios era poderoso para levantar a Isaac aun de entre los muertos (Hebreos 11:17–19). La fe razonó a partir de la promesa: si Dios había dicho que en Isaac sería llamada descendencia, ni siquiera la muerte podría hacer fracasar Su palabra.

Abraham dijo a Isaac: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto" (Génesis 22:8). En el momento decisivo, vio un carnero trabado por sus cuernos y lo ofreció en lugar de su hijo. Llamó aquel lugar *YHWH-yir'eh*: Jehová proveerá.

El hijo amado y el Hijo unigénito

Génesis 22 presenta correspondencias que encuentran una plenitud sobrecogedora en el Evangelio.

Isaac es llamado el hijo amado. Carga la leña del sacrificio. Camina en obediencia con su padre. Un sustituto muere en su lugar. El acontecimiento ocurre en la región de Moriah, vinculada posteriormente con Jerusalén.

Sin embargo, Cristo supera la figura. Isaac no murió; Jesús sí entregó Su vida. Abraham fue detenido; el Padre no eximió a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Romanos 8:32). El carnero sustituyó a Isaac; Cristo es el Sustituto de los pecadores.

Jesús declaró: "Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó" (Juan 8:56). La esperanza de Abraham se dirigía hacia el cumplimiento de la promesa en Cristo.

La fe que obedece

Santiago utiliza a Abraham para demostrar que la fe genuina no permanece estéril. Cuando ofreció a Isaac, su fe actuó juntamente con sus obras y fue perfeccionada por ellas (Santiago 2:21–22).

Los apóstoles Pablo y Santiago no se contradicen. El apóstol Pablo responde a la pregunta: ¿cómo es declarado justo el pecador delante de Dios? Por la fe, aparte de obras. Santiago responde: ¿qué clase de fe es la que salva? Una fe viva que produce obediencia.

Las obras no son la raíz de la justificación; son su fruto visible. Génesis 15:6 declara a Abraham justo por la fe. Génesis 22 manifiesta públicamente la realidad de esa fe.

Aplicación pastoral: vivir entre la promesa y el cumplimiento

Abraham pasó años entre la palabra recibida y su cumplimiento visible. Ese intervalo expuso debilidades, pero también formó perseverancia.

El creyente vive igualmente por promesas. Cristo ha resucitado y el Espíritu Santo ha sido dado, pero todavía esperamos la redención del cuerpo, la reunión con el Señor y la manifestación plena de Su Reino.

Esperar bíblicamente no es permanecer inactivo. Abraham levantó altares, caminó, intercedió y obedeció. La esperanza futura produjo una vida presente orientada por Dios.

También aprendemos a no ayudar a Dios mediante métodos contrarios a Su Palabra. La impaciencia puede producir consecuencias duraderas. La promesa se recibe por fe y se camina en obediencia, pero su poder de cumplimiento pertenece al Señor.

Conclusión

Después de Babel, Dios llamó a Abraham y puso en movimiento una línea de promesa que alcanzaría a todas las naciones. Abraham creyó, y su fe le fue contada por justicia. Recibió la promesa de la Simiente y aprendió en Moriah que Dios mismo proveería el sacrificio.

La historia de Abraham conduce a Cristo. Él es la Simiente prometida, el Hijo amado, el Cordero provisto y la fuente de bendición para judíos y gentiles que creen.

La fe de Abraham no descansó en su capacidad de producir el cumplimiento. Descansó en el Dios que da vida a los muertos y llama las cosas que no son como si fuesen. Esa misma fe mira hoy a Jesucristo, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Romanos 4:25).

RESUMEN DOCTRINAL DE LOS CAPÍTULOS IV–VI

1. Abel se acercó por fe y presentó el sacrificio que reconocía el camino establecido por Dios. 2. La sangre de Abel clama por justicia; la sangre de Cristo habla mejor porque establece el fundamento del perdón y del nuevo pacto. 3. El camino de Caín representa religión autosuficiente, rechazo de la corrección y oposición al justo. 4. Noé halló gracia, creyó la advertencia divina y manifestó su fe mediante obediencia perseverante. 5. El diluvio revela simultáneamente la realidad del juicio, la paciencia de Dios y la suficiencia de Su provisión. 6. El arca ilustra legítimamente el refugio provisto por Dios, cuya realidad final se encuentra en Cristo. 7. Abraham fue llamado por gracia para recibir una promesa de alcance personal, nacional y universal. 8. Abraham creyó a Dios y la justicia le fue acreditada por la fe, antes de la circuncisión y aparte de obras meritorias. 9. La Simiente prometida a Abraham encuentra su centro y cumplimiento en Jesucristo. 10. En Moriah, la provisión del sustituto anticipa al Hijo que el Padre entregaría por nosotros.

CAPÍTULO VII

ISAAC: EL HIJO DE LA PROMESA

La fidelidad del Dios que provee

> “En Isaac te será llamada descendencia.”
> Génesis 21:12 — RVR1960

Un nacimiento humanamente imposible

Isaac ocupa un lugar singular dentro del desarrollo de la promesa. Su nacimiento no fue simplemente la llegada de un hijo esperado por padres ancianos. Fue una demostración de que el propósito de Dios no depende de la capacidad natural del ser humano.

Cuando Dios confirmó que Sara tendría un hijo, Abraham tenía cien años y ella noventa. Romanos declara que Abraham consideró su cuerpo “ya como muerto” y la esterilidad de Sara, pero no dudó por incredulidad de la promesa (Romanos 4:19–21). La imposibilidad humana creó el escenario para que la fidelidad divina fuera manifestada.

> “Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado.”
> Génesis 21:1 — RVR1960

La repetición es importante: **como había dicho**, **como había hablado**. Isaac nació porque Dios cumplió Su Palabra.

Su nombre, *Yiṣḥāq*, se relaciona con la risa. Al principio, Abraham y Sara rieron ante lo humanamente increíble de la promesa. Después, la incredulidad y el asombro fueron transformados en gozo: “Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo” (Génesis 21:6).

La gracia convirtió la imposibilidad en testimonio.

El hijo de la carne y el hijo de la promesa

Antes del nacimiento de Isaac, Abraham y Sara intentaron producir el cumplimiento mediante Agar. Ismael nació según un recurso humano aceptado por la cultura de la época, pero no era el hijo mediante quien Dios había determinado confirmar el pacto.

El apóstol Pablo utiliza esta historia en Gálatas 4 para contrastar dos principios: carne y promesa, esclavitud y libertad. No desprecia a Ismael como persona ni niega que Dios mostrara misericordia hacia él. Explica que la herencia no podía descansar en el esfuerzo humano.

> “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa.”
> Gálatas 4:28 — RVR1960

La vida cristiana comienza por la acción de Dios, no por la capacidad de la carne. El nuevo nacimiento es obra del Espíritu. La santificación tampoco puede ser producida mediante confianza en la fuerza humana. Lo que comienza por el Espíritu debe continuar dependiendo de Él (Gálatas 3:3).

Moriah: la promesa puesta sobre el altar

Génesis 22 llama a Isaac el hijo “único” y amado de Abraham. La palabra no niega que Ismael fuera hijo biológico; destaca la condición exclusiva de Isaac como hijo del pacto y heredero de la promesa.

Dios ordenó a Abraham que lo ofreciera en la tierra de Moriah. La prueba parecía colocar la promesa en contradicción con el mandato. Sin embargo, Hebreos explica la lógica de la fe: Abraham concluyó que Dios podía levantar a Isaac de entre los muertos (Hebreos 11:17–19).

Isaac cargó la leña mientras Abraham llevó el fuego y el cuchillo. Cuando preguntó por el cordero, su padre respondió: “Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío” (Génesis 22:8).

Isaac no era un niño pequeño indefenso necesariamente; tuvo fuerza para cargar la leña y pudo comprender lo que ocurría. El relato no registra resistencia cuando fue atado. Su sumisión junto a la obediencia de Abraham forma una escena que anticipa, aunque de manera limitada, al Padre y al Hijo caminando hacia el sacrificio.

Isaac no es Cristo, pero señala hacia Cristo

La correspondencia debe ser tratada con cuidado. Isaac no era impecable ni murió en Moriah. Fue librado. Cristo, en cambio, entregó verdaderamente Su vida.

Sin embargo, la línea de semejanza es innegable:

- Isaac era el hijo de la promesa; Cristo es el Hijo en quien todas las promesas alcanzan cumplimiento.
- Isaac era amado por su padre; Cristo es el Hijo amado del Padre.
- Isaac cargó la leña; Cristo cargó Su cruz.
- Isaac se sometió al padre; Cristo fue obediente hasta la muerte.
- Un sustituto murió en lugar de Isaac; Cristo murió como Sustituto de los pecadores.

En Moriah, Abraham no tuvo que entregar finalmente a su hijo. En el Calvario, Dios “no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Romanos 8:32).

El carnero trabado en el zarzal ocupó el lugar de Isaac. En el Evangelio, Jesucristo ocupa nuestro lugar. La doctrina de la sustitución no es una invención teológica posterior; atraviesa el desarrollo de la revelación y encuentra su plenitud en el Cordero de Dios.

Una esposa para el hijo

Génesis 24 narra la búsqueda de una esposa para Isaac. Abraham envió a su siervo para que no tomara mujer de las hijas de los cananeos. El siervo dependió de la dirección de Dios, y Rebeca respondió voluntariamente al llamamiento: “Sí, iré” (Génesis 24:58).

No debemos convertir cada objeto del relato en una alegoría rígida. El texto presenta primero la fidelidad providencial de Dios preservando la línea del pacto. Sin embargo, dentro del conjunto bíblico aparece una hermosa correspondencia: el padre procura esposa para el hijo; el siervo da testimonio de las riquezas del heredero y conduce a la novia hacia aquel a quien todavía no ha visto.

El Espíritu Santo no debe ser reducido a una figura anónima del relato, pero Su ministerio en el Nuevo Testamento ilumina la escena. Él glorifica al Hijo, toma de lo que pertenece a Cristo y lo hace saber a los creyentes (Juan 16:13–15). La Iglesia ama a Aquel a quien no ha visto y espera el encuentro con Él (1 Pedro 1:8).

Cuando Isaac recibió a Rebeca, el texto dice que la amó (Génesis 24:67). La unión no nació de casualidad; fue guiada por la providencia divina.

Isaac y los pozos

Una parte considerable de la vida de Isaac estuvo marcada por pozos. Los filisteos habían cegado aquellos que Abraham había abierto. Isaac volvió a cavarlos. Cuando surgieron disputas, se apartó y abrió otros hasta llegar a Rehobot: “Porque ahora Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra” (Génesis 26:22).

Esta mansedumbre no debe confundirse con cobardía. Isaac confiaba en que la bendición procedía de Dios y no necesitaba obtenerla mediante contienda carnal. Su vida proclama que la promesa no se sostiene por agresividad humana.

En Beerseba, Dios se le apareció y reiteró: “Yo soy el Dios de Abraham tu padre; no temas, porque yo estoy contigo” (Génesis 26:24). Isaac edificó un altar, invocó el nombre de Jehová y plantó allí su tienda. Altar, tienda y pozo resumen una vida de adoración, peregrinaje y dependencia.

Debilidad humana y fidelidad divina

Isaac repitió algunos errores de Abraham. Temiendo por su vida, presentó a Rebeca como su hermana. También permitió que el favoritismo dividiera su hogar: amó a Esaú, mientras Rebeca amaba a Jacob.

La Escritura no idealiza a sus personajes. Al revelar sus fallas, impide que confundamos al portador de la promesa con el Salvador prometido. Isaac necesitaba gracia tanto como cualquier otro pecador.

El propósito avanzó, no porque la familia patriarcal fuera perfecta, sino porque Dios es fiel.

Aplicación pastoral: descansar en el Dios de la promesa

Isaac enseña que las promesas de Dios no necesitan la energía de la carne para sobrevivir. Lo que Él origina, Él puede sostener.

También muestra la importancia de volver a abrir los pozos cegados. Cada generación debe apropiarse personalmente de la verdad recibida. No basta con recordar la fe de los padres; es necesario conocer al Dios de Abraham como nuestro Dios.

La mansedumbre de Isaac llama al creyente a no convertir cada conflicto en una batalla de orgullo. Hay momentos para permanecer firmes por la verdad, pero existen contiendas que pueden abandonarse porque nuestra fuente no depende de un lugar que otro hombre pueda quitar.

Conclusión

Isaac nació por promesa, fue preservado por provisión y vivió bajo la fidelidad del pacto. Su historia señala hacia un Hijo mayor: Jesucristo.

Isaac fue librado de la muerte; Cristo venció atravesándola. Isaac recibió una esposa; Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella. Isaac heredó las promesas; en Cristo todas las promesas de Dios son Sí y Amén.

El Dios que proveyó en Moriah ha provisto plenamente en el Calvario.

CAPÍTULO VIII

JACOB: TRANSFORMADO POR LA GRACIA

De suplantador a Israel

> “No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.”
> Génesis 32:28 — RVR1960

La elección antes de las obras

Antes del nacimiento de Jacob y Esaú, Dios declaró: “El mayor servirá al menor” (Génesis 25:23). El apóstol Pablo cita este acontecimiento en Romanos 9 para demostrar que el propósito de Dios conforme a la elección no descansa en obras humanas.

Esto no significa que Jacob fuera moralmente superior. El relato demuestra lo contrario. Su nombre se asocia con agarrar el calcañar y llegó a relacionarse con la idea de suplantar. Aprovechó el hambre de Esaú para obtener la primogenitura y, con ayuda de Rebeca, engañó a Isaac para recibir la bendición.

Esaú despreció la primogenitura; Jacob la valoró, pero intentó obtener mediante engaño lo que Dios ya había prometido. Uno fue profano respecto del privilegio espiritual; el otro recurrió a métodos carnales para alcanzar un propósito divino.

La elección de gracia no aprobó el engaño de Jacob. Garantizó que Dios no abandonaría Su propósito mientras disciplinaba y transformaba al hombre escogido.

Bet-el: Dios se revela al fugitivo

Jacob salió de su hogar huyendo de Esaú. Solo, vulnerable y con una piedra por cabecera, recibió una visión. Una escalera unía la tierra con el cielo, y los ángeles de Dios subían y descendían por ella. Jehová reiteró las promesas dadas a Abraham: tierra, descendencia y bendición para todas las familias.

Lo sorprendente es el momento. Dios no se apareció a Jacob después de que hubiera reparado sus errores, sino cuando huía cargando las consecuencias de ellos. La gracia tomó la iniciativa.

> “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres… porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.”
> Génesis 28:15 — RVR1960

Jacob llamó al lugar Bet-el, “casa de Dios”. La revelación transformó un lugar desierto en santuario.

Cristo, la verdadera escalera

Jesús tomó el lenguaje de Bet-el y lo aplicó a Sí mismo:

> “De cierto, de cierto os digo: De aquí adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.”
> Juan 1:51 — RVR1960

Cristo es el verdadero punto de encuentro entre Dios y el hombre. No es meramente alguien que señala el camino hacia el cielo; Él mismo es el Camino. En Su Persona, la naturaleza divina y la humana se unen sin confusión. Mediante Su obra, el pecador reconciliado tiene acceso al Padre.

La escalera de Jacob no enseña que el hombre asciende por méritos religiosos. Desciende desde la iniciativa de Dios. Del mismo modo, la encarnación es Dios acercándose a nosotros en el Hijo.

La escuela de Labán

Jacob, el engañador, llegó a la casa de Labán y encontró a un hombre tan calculador como él. Trabajó siete años por Raquel, pero recibió a Lea. Debió servir otros siete años y soportó repetidos cambios en su salario.

La disciplina de Dios frecuentemente nos permite cosechar algo del carácter de nuestras propias acciones. No es condenación para el creyente, sino formación paternal. Jacob comenzó a sentir desde el otro lado el dolor del engaño.

A pesar de las manipulaciones de Labán, Dios lo prosperó. La gracia no eliminó inmediatamente todas las consecuencias, pero permaneció activa dentro de ellas.

Jacob salió de la casa de su padre con un bastón; regresó con una familia numerosa y abundantes bienes. Sin embargo, todavía necesitaba una transformación más profunda. Había aprendido a sobrevivir, negociar y prosperar, pero no había llegado al final de su autosuficiencia.

Peniel: cuando Dios toca la fuerza del hombre

Al regresar a Canaán, Jacob supo que Esaú venía a su encuentro con cuatrocientos hombres. El pasado se levantó delante de él. Organizó campamentos, preparó regalos y calculó estrategias. Después oró, confesando: “Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo” (Génesis 32:10).

Finalmente quedó solo. Un Varón luchó con él hasta el amanecer. Oseas 12 relaciona al luchador con Dios y con el Ángel. La escena contiene misterio, pero su resultado es claro: Jacob fue confrontado por una manifestación divina.

Cuando el Varón tocó el encaje de su muslo, la fuerza natural de Jacob fue quebrantada. Aquel que había pasado su vida agarrando, calculando y venciendo mediante astucia quedó aferrado en debilidad, suplicando bendición.

La victoria de Jacob consistió en ser vencido por Dios. Prevaleció no porque fuera más fuerte, sino porque no soltó en su necesidad.

“¿Cuál es tu nombre?”

La pregunta obligó a Jacob a confesar su identidad: “Jacob”. Era como reconocer: soy el suplantador. Entonces recibió un nombre nuevo: Israel.

El cambio de nombre expresa una obra de gracia. Dios no solamente quería mejorar las técnicas de Jacob; estaba formando una identidad distinta. No obstante, después de Peniel la Escritura seguirá

llamándolo a veces Jacob y otras Israel. La transformación había comenzado, pero el proceso continuaría.

Jacob salió cojeando. La señal de debilidad se convirtió en memoria permanente del encuentro. Antes se apoyaba en su fuerza; ahora cada paso recordaría el toque de Dios.

El apóstol Pablo expresa el principio en palabras recibidas del Señor: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9).

De Bet-el a Belén

Las promesas dadas a Jacob preservaron la línea mesiánica. De sus doce hijos surgirían las tribus de Israel. Particularmente, la promesa avanzaría mediante Judá.

Antes de morir, Jacob profetizó:

> “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos.”
> Génesis 49:10 — RVR1960

El lenguaje señala hacia un gobernante procedente de Judá, poseedor del cetro y receptor de la obediencia de los pueblos. La revelación posterior desarrollará esta esperanza mediante el pacto davídico y las profecías mesiánicas.

Jesucristo nació de la tribu de Judá. Apocalipsis lo presenta como “el León de la tribu de Judá, la raíz de David” (Apocalipsis 5:5). El cetro encuentra su verdadero Rey.

Jacob bendice apoyado sobre su bordón

Hebreos resume el final de Jacob con una imagen conmovedora:

> “Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón.”
> Hebreos 11:21 — RVR1960

El joven Jacob utilizó engaño para obtener una bendición. El anciano Israel bendijo por fe y adoró apoyado. Ya no aparece corriendo en su propia fuerza, sino como peregrino dependiente de Dios.

Su bordón resumía el camino: salió solo, regresó herido y terminó adorando. La gracia no desperdició sus años, sufrimientos ni disciplina.

Aplicación pastoral: Dios transforma, no solamente utiliza

Jacob nos enseña que Dios puede cumplir Su propósito a través de personas profundamente imperfectas, pero también que Su gracia no las deja sin tratar.

El Señor no aprueba nuestros métodos carnales porque la meta sea correcta. Una promesa divina nunca justifica una mentira, manipulación o atajo. Dios sabe cumplir Su Palabra sin nuestra desobediencia.

Peniel también revela que ciertas victorias llegan cuando nuestra autosuficiencia es tocada. Mientras confiamos plenamente en nuestra habilidad, podemos hablar de dependencia sin conocerla. La debilidad permitida por Dios puede convertirse en puerta hacia una comunión más profunda.

Conclusión

Jacob comenzó agarrando el calcañar de su hermano y terminó apoyado sobre un bordón, adorando. Entre ambos momentos se encuentran Bet-el, Labán, Peniel y muchos años de disciplina.

La gracia lo buscó como fugitivo, lo guardó en tierra extraña, quebrantó su autosuficiencia y lo convirtió en portador de la promesa. De él surgió Israel; de Judá vino el Rey.

Cristo es la verdadera escalera entre el cielo y la tierra, el León de Judá y Aquel en quien el pecador recibe una nueva identidad.

CAPÍTULO IX

JOSÉ: DEL POZO AL TRONO

La providencia de Dios y la preservación de la promesa

> “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo.”
> Génesis 50:20 — RVR1960

El hijo amado y rechazado

José era amado especialmente por Jacob, quien le hizo una túnica especial. Sus hermanos vieron el favoritismo, escucharon sus sueños y lo aborrecieron.

Los sueños provenían de Dios y anunciaban una futura exaltación. Sin embargo, antes del cumplimiento vendrían humillación y sufrimiento.

Jacob envió a José para buscar el bienestar de sus hermanos. Cuando lo vieron venir, conspiraron: “He aquí viene el soñador. Ahora pues, venid, y matémosle” (Génesis 37:19–20).

Lo despojaron de su túnica, lo arrojaron a una cisterna y finalmente lo vendieron por plata. Después engañaron a su padre con sangre de un cabrito.

El hijo amado fue rechazado por los suyos. Este patrón prepara la comprensión de Cristo, quien vino a los Suyos y los Suyos no le recibieron (Juan 1:11).

José como figura: correspondencia sin confusión

El Nuevo Testamento no presenta a José con una fórmula explícita llamándolo tipo de Cristo. Por ello debemos evitar convertir cada detalle en profecía. Sin embargo, la historia contiene correspondencias providenciales que armonizan profundamente con el camino de humillación y exaltación del Señor.

- José fue el hijo amado de su padre; Jesús es el Hijo amado del Padre.
- José fue enviado a sus hermanos; Cristo fue enviado a las ovejas perdidas de Israel.
- Sus hermanos lo rechazaron y entregaron; Cristo fue rechazado por los Suyos.
- José fue vendido por plata; Jesús fue traicionado por treinta piezas de plata.
- José sufrió siendo inocente; Cristo fue completamente sin pecado.
- José descendió al pozo y a la prisión antes de ser exaltado; Cristo se humilló hasta la muerte y fue exaltado hasta lo sumo.
- José recibió autoridad para preservar vidas; Cristo posee toda autoridad y concede vida eterna.
- Los hermanos no reconocieron inicialmente a José en su exaltación; Israel no reconoció a Cristo en Su primera venida, aunque un día mirará al que traspasaron.

José no es Cristo. Necesitaba redención y solamente pudo salvar de una hambruna temporal. Cristo es el Salvador eterno. Las semejanzas sirven para dirigir la mirada hacia la superioridad del Hijo.

“Jehová estaba con José”

Vendido en Egipto, José llegó a la casa de Potifar. Génesis repite una verdad que gobierna su historia: “Jehová estaba con José” (Génesis 39:2, 21, 23).

La presencia de Dios no impidió la esclavitud ni la prisión. Se manifestó dentro de ellas. Esta observación corrige una idea superficial de la bendición. José podía estar en el centro de la voluntad de Dios y, al mismo tiempo, sufrir injustamente.

Potifar vio que Dios hacía prosperar lo que José realizaba y lo puso sobre su casa. La fidelidad en la humillación preparó responsabilidad en la exaltación.

Santidad cuando nadie parece mirar

La esposa de Potifar intentó seducirlo repetidamente. José respondió:

> “¿Cómo, pues, haría yo este grande mal, y pecaría contra Dios?”
> Génesis 39:9 — RVR1960

Su argumento principal no fue el temor de perder la posición. Reconoció que el pecado era primero contra Dios. Cuando ella lo sujetó por la ropa, José huyó.

La victoria espiritual no siempre consiste en permanecer para demostrar fuerza. Segunda de Timoteo 2:22 ordena huir de las pasiones juveniles. La fe cierra la puerta a la negociación con aquello que Dios llama pecado.

La obediencia de José tuvo un costo inmediato. Fue acusado falsamente y encarcelado. Sin embargo, era mejor entrar en prisión con una conciencia limpia que permanecer en el palacio habiendo traicionado a Dios.

Olvidado en la cárcel, recordado por Dios

En prisión, José interpretó los sueños del copero y del panadero. Pidió al copero que lo recordara, pero este lo olvidó durante dos años.

El olvido humano no significó abandono divino. Dios estaba preparando el momento, la necesidad y el escenario exactos. Cuando Faraón recibió sueños que nadie podía interpretar, el copero recordó a José.

José fue sacado apresuradamente de la cárcel, pero no se atribuyó poder independiente: “No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón” (Génesis 41:16).

La prisión había formado humildad. José poseía don, pero reconocía su Fuente.

Exaltado para salvar

Dios reveló que vendrían siete años de abundancia y siete de hambre. José no solamente interpretó; recibió sabiduría para administrar. Faraón lo colocó como segundo en autoridad sobre Egipto.

En un día, el prisionero fue vestido con lino fino, recibió el anillo real y fue puesto sobre la tierra. Pero su exaltación no tuvo como propósito principal compensar su sufrimiento personal. Fue levantado para preservar vidas y proteger la familia mediante la cual avanzaba la promesa.

La exaltación de Cristo posee una grandeza infinitamente mayor. Después de humillarse hasta la muerte de cruz, Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un Nombre sobre todo nombre (Filipenses 2:8–11). Su autoridad no se limita a Egipto ni a una crisis temporal. Toda potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra.

Los hermanos delante del gobernador

El hambre llevó a los hermanos de José a Egipto. Se inclinaron delante de él sin reconocerlo, cumpliendo los sueños que habían intentado destruir.

José los sometió a un proceso que reveló el estado de sus corazones. No fue venganza arbitraria. Quería saber si continuaban siendo los mismos hombres capaces de sacrificar a un hermano para protegerse.

Cuando Judá se ofreció en lugar de Benjamín, José vio evidencia de transformación. El mismo grupo que había vendido a un hijo de Raquel ahora estaba dispuesto a proteger al otro. Judá, particularmente, se ofreció como sustituto.

Entonces José se dio a conocer y lloró. Sus primeras palabras no fueron una acusación, sino una interpretación providencial:

> “Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.”
> Génesis 45:5 — RVR1960

José no negó el pecado de sus hermanos. Dijo claramente: “me vendisteis”. Pero vio una mano superior actuando sin convertirse en autora del mal.

“Vosotros pensasteis mal; Dios lo encaminó a bien”

Génesis 50:20 no enseña que el mal sea realmente bien. Mantiene dos intenciones morales diferentes dentro del mismo acontecimiento. Los hermanos pensaron mal. Dios encaminó el acontecimiento a bien.

La soberanía divina es tan grande que puede gobernar las acciones libres y culpables de los hombres sin compartir su maldad. La muerte expiatoria del Señor Jesucristo ofrece el ejemplo supremo. Herodes, Poncio Pilato, los gentiles y parte de Israel actuaron contra Jesús, pero hicieron aquello que la mano y el consejo de Dios habían antes determinado (Hechos 4:27–28, RVR1960). Sus motivos fueron pecaminosos; el propósito redentor de Dios fue santo.

Esto no convierte la traición, el abuso o la injusticia en cosas buenas. Ofrece una esperanza mayor: el mal no tiene autoridad para frustrar el propósito de Dios.

José y la preservación de Israel

Mediante José, Jacob y su familia descendieron a Egipto y fueron preservados durante el hambre. Allí crecerían hasta convertirse en un pueblo numeroso.

Egipto sería posteriormente lugar de opresión, pero incluso ese período formaría parte de la historia anunciada a Abraham (Génesis 15:13–14). Dios estaba preparando el escenario para el éxodo, la pascua y la revelación de Su poder redentor.

José comprendió que Egipto no era el destino final. Antes de morir hizo jurar a los hijos de Israel que llevarían sus huesos cuando Dios los visitara y los sacara de aquella tierra (Génesis 50:24–25). Hebreos 11:22 presenta ese mandato como acto de fe.

Aunque vivió en el palacio de Egipto, su esperanza descansaba en la promesa de Dios.

Aplicación pastoral: providencia en los capítulos incomprensibles

Durante años, José no pudo ver cómo el pozo, la esclavitud, la acusación falsa y la cárcel podían relacionarse con los sueños recibidos. La providencia de Dios frecuentemente se comprende mirando hacia atrás.

El creyente no debe llamar bueno al mal que padece. Puede, sin embargo, confiar en que ninguna lágrima, demora o injusticia está fuera del alcance del Señor.

José también enseña que el sufrimiento no concede permiso para pecar. Mantuvo integridad en casa de Potifar, sirvió en la prisión y administró con sabiduría en el palacio. Su carácter no debía esperar circunstancias ideales.

Finalmente, su perdón muestra el fruto de haber visto la mano de Dios. José poseía poder para vengarse, pero utilizó su posición para preservar. La gracia recibida se convirtió en misericordia hacia quienes lo habían herido.

Conclusión

José descendió al pozo, a la esclavitud y a la cárcel, pero Dios estaba con él. Fue rechazado por sus hermanos y después exaltado para salvarlos. Lo que ellos diseñaron para destrucción fue gobernado por Dios para preservación.

Su historia prepara nuestra mirada para contemplar a Jesucristo: el Hijo amado y rechazado, humillado y exaltado, quien usa Su autoridad no solamente para preservar vida física, sino para conceder vida eterna.

Los hombres levantaron una cruz para silenciarlo. Dios convirtió esa Cruz en el fundamento de la redención. El sepulcro parecía el último descenso; la resurrección manifestó el comienzo de Su exaltación pública.

En Cristo, la providencia y la promesa se encuentran. Ningún pozo es tan profundo que pueda sepultar el propósito de Dios.

RESUMEN DOCTRINAL DE LOS CAPÍTULOS VII–IX

1. Isaac nació por el poder de la promesa, no por suficiencia humana. 2. Moriah revela el principio de la provisión sustitutiva y dirige la mirada hacia el Hijo entregado por nosotros. 3. La vida de Isaac muestra que Dios sostiene Su pacto a pesar de la debilidad de sus portadores. 4. Jacob fue escogido por gracia, pero su elección no justificó sus métodos carnales. 5. Cristo es la verdadera escalera y el único Mediador entre Dios y los hombres. 6. En Peniel, la fuerza natural de Jacob fue quebrantada para que aprendiera dependencia. 7. La promesa del cetro de Judá avanza hacia Jesucristo, el León de la tribu de Judá. 8. José fue humillado y después exaltado para preservar la familia de la promesa. 9. La presencia de Dios no siempre evita el sufrimiento, pero sostiene al creyente dentro de él. 10. Dios gobierna soberanamente el mal sin aprobarlo y puede encaminarlo hacia el cumplimiento de Su propósito santo.

CAPÍTULO X

MOISÉS: LLAMADO DESDE LA ZARZA

El Libertador divino y el siervo enviado

> “Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.”
> Éxodo 3:10 — RVR1960

De una familia a una nación esclavizada

El libro de Génesis termina con José en un ataúd en Egipto, pero esperando por fe la salida futura de los hijos de Israel. El libro de Éxodo comienza mostrando que aquella familia había crecido hasta convertirse en un pueblo numeroso.

Un nuevo Faraón, que no reconocía la memoria de José, vio a Israel como amenaza. Impuso trabajos forzados y ordenó la muerte de los niños varones hebreos. El imperio intentó detener mediante opresión aquello que Dios había prometido multiplicar.

La esclavitud de Israel fue histórica y concreta. No debe reducirse a una metáfora espiritual. Hombres, mujeres y niños padecieron bajo un sistema cruel. Sin embargo, ese acontecimiento real también proporcionará el lenguaje con el cual el Nuevo Testamento explicará una esclavitud más profunda: el dominio del pecado.

El éxodo mostrará cómo Dios escucha, desciende, redime y conduce a Su pueblo. El Evangelio revelará la plenitud de esa acción en el Señor Jesucristo.

Un niño preservado de la muerte

Moisés nació bajo una sentencia de muerte. Sus padres lo escondieron por fe y después lo colocaron en una arquilla sobre el río. La hija de Faraón lo encontró y lo crió dentro de la misma casa desde la cual había salido el decreto homicida.

La providencia de Dios convirtió el lugar del peligro en lugar de preservación. Además, mediante la intervención de Miriam, la propia madre de Moisés recibió la oportunidad de criarlo durante sus primeros años.

Hebreos declara que, siendo adulto, Moisés rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón y escogió ser maltratado con el pueblo de Dios antes que disfrutar temporalmente del pecado (Hebreos 11:24–25). Comprendió que su identidad no podía definirse únicamente por el privilegio egipcio.

Celo sin el tiempo ni el método de Dios

Moisés vio a un egipcio golpeando a un hebreo y lo mató. Hechos 7 indica que pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios les daría libertad por mano suya, pero ellos no lo entendieron.

Moisés poseía conciencia de un llamamiento, pero todavía actuaba mediante fuerza humana. Miró a un lado y a otro, pero el relato no dice que mirara hacia arriba. Su acción produjo temor y exilio.

El futuro libertador pasó de la corte de Egipto al desierto de Madián. Allí vivió cuarenta años como pastor. La educación del palacio no era suficiente. Dios formaría en el desierto mansedumbre, paciencia y dependencia.

El fracaso de Moisés no anuló el llamamiento, pero sí expuso que el propósito divino debía ejecutarse mediante el poder y el tiempo de Dios.

Dios oyó, recordó, miró y reconoció

Éxodo 2 concluye con cuatro expresiones llenas de consuelo: Dios oyó el gemido de Israel, recordó Su pacto, miró a los hijos de Israel y reconoció su condición.

Cuando la Biblia dice que Dios "recordó" el pacto, no significa que lo hubiera olvidado. Describe el momento en que actúa públicamente conforme a Su promesa. El silencio aparente no era ausencia.

La liberación comienza en el corazón y la fidelidad de Dios antes de manifestarse mediante la actividad de Moisés.

La zarza que ardía y no se consumía

Mientras Moisés cuidaba el rebaño, vio una zarza envuelta en fuego que no se consumía. El Ángel de Jehová se le apareció en la llama, y el texto inmediatamente identifica a Dios como quien habla desde la zarza (Éxodo 3:2–4).

La expresión "Ángel de Jehová" requiere atención. La palabra hebrea *mal'ākh* significa mensajero. En varios pasajes, este Mensajero habla como Dios, recibe reconocimiento divino y, a la vez, es distinguido de Jehová. Muchos intérpretes cristianos han visto aquí una manifestación del Hijo eterno antes de Su encarnación. Debemos presentar esa conclusión con reverencia: el texto no utiliza todavía el nombre Jesucristo, pero la revelación posterior permite reconocer una distinción personal dentro de la unidad divina.

La zarza era común y débil. El fuego señalaba la presencia santa de Dios; el hecho de que no fuera consumida mostraba Su poder preservador. Israel se encontraba en el horno de aflicción, pero no sería destruido. Dios estaba en medio de su historia.

"Quita tu calzado"

> "No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es."
> Éxodo 3:5 — RVR1960

La tierra no era santa por una cualidad natural del desierto. Era santa por la presencia de Dios. Moisés debía aprender que la obra de liberación comenzaba con reverencia.

Antes de ser portavoz, debía ser adorador. Antes de confrontar a Faraón, debía inclinarse delante de Jehová. El servicio que pierde la conciencia de la santidad divina puede convertirse en espectáculo, presunción o confianza humana.

El Dios que escucha el sufrimiento es también el Dios santo. Su compasión no debilita Su pureza; Su santidad no elimina Su misericordia.

“He descendido para librarlos”

Dios declaró:

> “Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor… pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos.”
> Éxodo 3:7–8 — RVR1960

La frase “he descendido” expresa intervención divina. Dios no observó la esclavitud desde una distancia indiferente.

En el éxodo, descendió manifestando Su presencia y poder. En la plenitud del tiempo, esta dirección descendente alcanzó una realidad incomparable: el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1:14). El Hijo de Dios no solamente envió instrucciones desde el cielo; entró en nuestra condición humana, sin pecado, para realizar personalmente la redención.

Moisés sería el siervo enviado. El Señor Jesucristo es el Hijo que descendió.

“YO SOY EL QUE SOY”

Moisés preguntó qué debía responder cuando Israel preguntara por el nombre de Dios.

> “Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros.”
> Éxodo 3:14 — RVR1960

La expresión hebrea *’Ehyeh ’Asher ’Ehyeh* está relacionada con el verbo “ser”. Declara que Dios existe por Sí mismo, no depende de otro y será fielmente quien ha determinado ser para Su pueblo. Su nombre del pacto, representado por las consonantes YHWH y traducido frecuentemente “Jehová” en la RVR1960, se relaciona con esta revelación.

Siglos después, el Señor Jesucristo declaró: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58, RVR1960). Sus oyentes comprendieron que no estaba diciendo simplemente que era mayor que Abraham; tomaron piedras para apedrearlo. El Señor Jesucristo utilizó un lenguaje que afirmaba Su existencia anterior y Su identidad divina.

El Libertador de Israel no es una fuerza anónima. Es el Dios vivo, eterno y fiel al pacto.

Las objeciones de Moisés

Moisés respondió al llamamiento con varias preguntas y excusas: “¿Quién soy yo?”, “¿Cuál es su nombre?”, “No me creerán”, “Nunca he sido hombre de fácil palabra” y, finalmente, “envía… por medio del que debes enviar”.

Dios no respondió a “¿Quién soy yo?” aumentando la autoestima de Moisés. Respondió: “Ve, porque yo estaré contigo” (Éxodo 3:12). La suficiencia del siervo no estaba en su identidad independiente, sino en la presencia del Señor.

Cuando Moisés señaló su dificultad para hablar, Dios le recordó quién hizo la boca. El Señor también permitió que Aarón sirviera como portavoz, pero la concesión no convirtió la incredulidad en virtud.

La humildad verdadera reconoce debilidad y obedece dependiendo de Dios. La falsa humildad utiliza la debilidad como excusa permanente para resistir el mandato.

Moisés y el Profeta venidero

Al final de su ministerio, Moisés anunció:

> “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis.”
> Deuteronomio 18:15 — RVR1960

El apóstol Pedro aplicó esta promesa al Señor Jesucristo (Hechos 3:20–23). Moisés fue mediador del antiguo pacto, libertador de Israel y profeta que habló con Dios de manera extraordinaria. Sin embargo, señaló hacia Uno mayor.

Hebreos 3 establece la diferencia: Moisés fue fiel como siervo en la casa; el Señor Jesucristo es fiel como Hijo sobre Su propia casa. El siervo forma parte de la casa. El Hijo posee autoridad sobre ella.

Moisés comunicó la ley; el Señor Jesucristo es la revelación plena de la gracia y la verdad. Moisés condujo a Israel fuera de Egipto; el Señor Jesucristo libra del dominio del pecado. Moisés no pudo cambiar el corazón del pueblo; el Señor Jesucristo es Mediador del nuevo pacto, bajo el cual Dios escribe Su ley en el corazón.

Aplicación pastoral: el Dios que llama también acompaña

El llamamiento de Moisés enseña que Dios puede utilizar años ocultos como preparación. El desierto no siempre es señal de abandono. A veces es la escuela donde la suficiencia humana se debilita y el oído aprende a escuchar.

También enseña que la compasión ministerial comienza viendo lo que Dios ve. Moisés había visto la opresión antes, pero actuó impulsivamente. En la zarza aprendió a recibir la misión desde la presencia del Señor.

El creyente no necesita sentirse suficiente para obedecer. Debe conocer quién lo envía. La promesa central no es “tú puedes”, sino “Yo estaré contigo”.

Conclusión

Moisés fue preservado de la muerte, formado en Egipto, quebrantado en Madián y llamado desde la zarza. Regresaría no como príncipe autosuficiente, sino como siervo enviado por el YO SOY.

Su ministerio prepara la revelación del Libertador perfecto. El Señor Jesucristo descendió, reveló al Padre, enfrentó al verdadero opresor y realizó mediante Su muerte expiatoria y Su resurrección una liberación eterna.

Moisés fue enviado para sacar a un pueblo de Egipto. El Señor Jesucristo vino para sacar al pecador del dominio de las tinieblas y trasladarlo a Su Reino.

CAPÍTULO XI

LA PASCUA: EL CORDERO Y LA SANGRE

Redención bajo el juicio de Dios

> “Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros.”
> Éxodo 12:13 — RVR1960

La confrontación no era solamente política

Cuando Moisés y Aarón comparecieron ante Faraón, el gobernante respondió: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel?” (Éxodo 5:2, RVR1960).

El conflicto no consistía solamente en liberar mano de obra esclavizada. Faraón desafió la autoridad del Dios de Israel. Las plagas demostraron que Jehová era Señor sobre Egipto, su rey, sus recursos y los poderes religiosos en los cuales confiaba.

Cada plaga expuso la impotencia de los dioses egipcios. El Nilo, las cosechas, los animales, la luz y la vida misma no estaban bajo el control final de Faraón. Dios anunció: “Ejecutaré mis juicios en todos los dioses de Egipto. Yo Jehová” (Éxodo 12:12, RVR1960).

El endurecimiento de Faraón debe leerse con todo el testimonio del relato. En ocasiones se dice que Faraón endureció su corazón; en otras, que su corazón se endureció; y también que Dios lo endureció. El juicio divino confirmó a un gobernante que repetidamente resistió la Palabra, oprimió al pueblo y rechazó las oportunidades recibidas.

Israel también necesitaba la sangre

La décima plaga alcanzaría a los primogénitos. En aquel momento, la diferencia entre Egipto e Israel no descansaría simplemente en la superioridad moral de una etnia. Cada casa israelita debía responder a la instrucción divina.

El pueblo del pacto también necesitaba refugiarse bajo la sangre del cordero. Dios no dijo: “Veré la nacionalidad”, “veré la sinceridad” o “veré las buenas obras”. Dijo: “Veré la sangre”.

Esto no otorgaba poder mágico al líquido. La sangre representaba una vida entregada en sustitución y, sobre todo, expresaba confianza obediente en la provisión ordenada por Dios.

Un cordero sin defecto

Cada familia debía tomar un cordero macho de un año y sin defecto, guardarlo hasta el día señalado y sacrificarlo al atardecer. Su sangre debía colocarse en los postes y en el dintel de la puerta. La carne sería comida con panes sin levadura y hierbas amargas.

El cordero no podía tener defecto. Aquella integridad física señalaba hacia la perfección moral del sacrificio definitivo.

El apóstol Pedro declara que fuimos rescatados “con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19, RVR1960). El Señor Jesucristo no murió por pecados propios. Fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:15).

Solamente un Sustituto sin culpa podía cargar la culpa de otros.

“Cristo, nuestra Pascua”

El apóstol Pablo identifica con claridad el cumplimiento:

> “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.”
> 1 Corintios 5:7 — RVR1960

La palabra “Cristo” se conserva aquí porque pertenece a la cita bíblica. Significa que **el Señor Jesucristo, el Mesías**, es nuestro Cordero pascual.

La correspondencia no es imaginaria. El Evangelio de Juan presenta al Señor Jesucristo muriendo en relación con la Pascua y destaca que no le quebraron las piernas, en armonía con la instrucción acerca del cordero pascual (Éxodo 12:46; Juan 19:33–36).

Juan el Bautista lo había anunciado desde el comienzo del ministerio público del Señor:

> “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”
> Juan 1:29 — RVR1960

Los corderos de Egipto preservaron de un juicio temporal a quienes estaban en las casas señaladas. El Señor Jesucristo quita la culpa del pecado y concede vida eterna a quienes creen.

La sangre aplicada

No bastaba con que el cordero muriera en algún lugar. La sangre debía aplicarse conforme a la instrucción divina. La provisión objetiva exigía una respuesta personal de fe.

De igual manera, la muerte expiatoria del Señor Jesucristo es suficiente y perfecta, pero el Evangelio llama a cada persona a creer. Conocer datos acerca de Su muerte no equivale a descansar en Él.

La fe no añade valor al sacrificio. Recibe su beneficio. El hisopo utilizado para aplicar la sangre no producía la eficacia; simplemente servía para apropiarse obedientemente de la provisión.

Dentro de la casa

Los israelitas debían permanecer dentro de las casas marcadas. Afuera estaba el juicio; adentro, seguridad bajo la palabra de Dios.

La seguridad no dependía de la intensidad emocional de cada familia. Es posible que algunos estuvieran tranquilos y otros sintieran temor mientras esperaban. La base objetiva era la sangre y la promesa de Dios: “veré la sangre y pasaré de vosotros”.

Esta verdad consuela al creyente. La seguridad de la salvación no descansa finalmente en la fuerza cambiante de nuestras emociones, sino en la suficiencia permanente de la obra del Señor Jesucristo y en la fidelidad de Dios a Su Palabra.

Pan sin levadura y hierbas amargas

La Pascua debía comerse con panes sin levadura. En varios contextos bíblicos, la levadura llega a representar una influencia que penetra y corrompe. El apóstol Pablo aplica la fiesta a la vida de la Iglesia: puesto que el Señor Jesucristo, nuestra Pascua, fue sacrificado, debemos celebrar con “panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8, RVR1960).

La santidad no compra la redención; procede de ella. Israel no quitó la levadura para convencer a Dios de proveer un cordero. Habiendo recibido la provisión, debía salir preparado para una vida nueva.

Las hierbas amargas recordaban la amargura de la esclavitud. La gracia no exige que olvidemos de dónde fuimos sacados. La memoria de la antigua esclavitud profundiza la gratitud, pero no debe convertirse en deseo de regresar a Egipto.

Comida con prisa

Debían comer vestidos para partir, con el calzado puesto y el bordón en la mano. La salvación iniciaba una salida.

Dios no los protegía para que permanecieran voluntariamente bajo Faraón. Los rescataba para conducirlos hacia Sí mismo. La redención bíblica siempre tiene una dirección: **fuera de la esclavitud y hacia la comunión y el servicio de Dios**.

El Evangelio tampoco deja al creyente bajo el gobierno práctico del pecado como si nada hubiera ocurrido. El Señor Jesucristo no solamente perdona la culpa; rompe el dominio del pecado para que andemos en vida nueva (Romanos 6:4–14).

Una memoria perpetua

Israel debía celebrar la Pascua de generación en generación. Cuando los hijos preguntaran por el significado del rito, los padres debían explicar la liberación histórica realizada por Jehová.

La fe bíblica enseña a contar las obras de Dios. El símbolo sin explicación puede convertirse en costumbre vacía. La explicación sin la verdad histórica puede convertirse en mito. La Pascua unía memorial, doctrina y testimonio familiar.

En la noche antes de Su muerte, el Señor Jesucristo tomó el pan y la copa y estableció la Cena del Señor como memorial del nuevo pacto. La Iglesia no repite Su sacrificio. Proclama Su muerte ya consumada hasta que Él venga (1 Corintios 11:23–26).

Ni amuleto ni superstición

La sangre de Jesucristo no debe convertirse en una fórmula verbal utilizada supersticiosamente. Su valor no depende de repetir una frase, tocar un objeto o imaginar una sustancia mística.

Hablar de “la sangre del Señor Jesucristo” es hablar de Su vida entregada en muerte sacrificial. El apóstol Pablo explica que tenemos redención mediante Su sangre, “el perdón de pecados” (Efesios 1:7, RVR1960). El lenguaje de sangre dirige nuestra atención al precio real de la expiación.

La fe honra la sangre cuando descansa en la obra consumada del Salvador y vive en obediencia agradecida.

Aplicación pastoral: recordar el precio y abandonar Egipto

La Pascua enseña que el juicio de Dios es serio y que Su provisión es suficiente. Nadie dentro de la casa necesitaba añadir otro sacrificio al cordero. Tampoco el creyente debe intentar completar mediante sufrimiento, rituales u obras aquello que el Señor Jesucristo terminó.

Al mismo tiempo, quienes fueron redimidos debían salir. No podemos utilizar la gracia como permiso para continuar amando la esclavitud de la cual el Salvador nos libertó.

Conclusión

La Pascua coloca un cordero entre el juicio y el primogénito. La sangre señalaba que una vida había sido entregada en lugar de otra. Israel salió porque Dios proveyó, habló y actuó.

En la plenitud del tiempo, el Señor Jesucristo fue sacrificado como nuestra Pascua. Su muerte expiatoria satisface la justicia divina, quita la culpa y abre el camino de la libertad.

El poder no está en el objeto material de una cruz ni en una palabra pronunciada como fórmula. El poder salvador está en **el Señor Jesucristo crucificado y resucitado**, y Su obra se recibe por la fe.

CAPÍTULO XII

EL MAR ROJO: LA LIBERACIÓN CONSUMADA

“Estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará”

> “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.”
> Éxodo 14:14 — RVR1960

Fuera de Egipto, pero todavía perseguidos

Después de la muerte de los primogénitos, Faraón permitió que Israel saliera. Sin embargo, cambió de parecer y los persiguió con su ejército.

Israel quedó humanamente encerrado: el mar estaba delante, el ejército detrás y el desierto alrededor. El pueblo preguntó a Moisés si había sido sacado para morir.

La crisis reveló que una persona puede haber experimentado una liberación real y todavía necesitar aprender a confiar en el Libertador. Israel había visto las plagas y celebrado la Pascua, pero el temor presente eclipsó rápidamente la memoria de la fidelidad divina.

Dios dirigió el camino

Israel no llegó al mar por un error de orientación. Dios no lo condujo por la ruta más corta hacia Canaán, porque sabía que el pueblo podía arrepentirse al enfrentar guerra y regresar a Egipto (Éxodo 13:17). La columna de nube y fuego marcó el camino.

Esto significa que la presencia de un obstáculo no prueba automáticamente que estamos fuera de la voluntad de Dios. El Señor mismo puede conducir a un lugar donde la incapacidad humana quede expuesta y Su poder sea conocido.

No obstante, esta verdad no justifica decisiones imprudentes tomadas contra la Escritura. Israel poseía una dirección clara de Dios. La fe no llama “providencia” a cualquier consecuencia de la desobediencia.

“Ved la salvación”

Moisés declaró:

> “No temáis; estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros.”
> Éxodo 14:13 — RVR1960

El verbo hebreo relacionado con “salvación” es *yeshu‘ah*. Comunica liberación, rescate o victoria. El nombre hebreo de Jesús, *Yeshúa*, pertenece a la misma familia de palabras y expresa que Jehová salva.

No debemos afirmar que cada uso de *yeshu‘ah* sea una aparición directa del nombre personal Jesús. Sí podemos reconocer una hermosa unidad: la salvación pertenece a Jehová y alcanza su revelación plena en Jesús, cuyo nombre fue explicado por el ángel: “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21, RVR1960).

Israel no podía abrir el mar, derrotar los carros ni negociar con Faraón. Debía contemplar una liberación realizada por Dios.

La vara levantada y el camino abierto

Dios ordenó a Moisés levantar su vara y extender su mano sobre el mar. Un fuerte viento oriental dividió las aguas, y los hijos de Israel entraron por tierra seca.

El acontecimiento fue milagroso e histórico. La explicación bíblica menciona un viento, pero atribuye la acción a Jehová. Utilizar un medio natural no elimina el carácter sobrenatural cuando Dios controla su intensidad, momento y resultado conforme a Su palabra.

El camino no existía hasta que Dios lo abrió. La salvación no fue descubierta por Israel; fue creada por el poder divino.

La misma nube: luz para unos, oscuridad para otros

El Ángel de Dios y la columna se colocaron entre Israel y Egipto. Para los egipcios había oscuridad; para Israel, luz.

La misma presencia divina significó protección para el pueblo del pacto y obstáculo para el perseguidor. Esta doble función anticipa un principio que atraviesa la Escritura: el Señor Jesucristo es salvación para quien cree y piedra de tropiezo para quien lo rechaza.

El Evangelio no es moralmente neutral. Revela el corazón. Para unos, el mensaje del Señor Jesucristo crucificado es poder y sabiduría de Dios; para otros, locura o tropiezo (1 Corintios 1:18–24).

El enemigo derrotado

Los egipcios siguieron a Israel dentro del mar. Dios trastornó sus carros, y las aguas regresaron sobre ellos.

La liberación fue más que escapar geográficamente. El poder que pretendía volver a esclavizarlos quedó derrotado. Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar y temió a Jehová; creyó en Él y en Moisés Su siervo.

La obra redentora del Señor Jesucristo posee una dimensión semejante y superior. Mediante Su muerte y resurrección no solamente ofrece consuelo al pecador; quebranta el dominio que lo mantenía esclavizado. Romanos 6 enseña que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él para que el cuerpo del pecado sea destruido —es decir, dejado sin autoridad gobernante— a fin de que no sirvamos más al pecado.

El bautismo “en Moisés”

El apóstol Pablo escribe:

> “Todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar.”
> 1 Corintios 10:2 — RVR1960

El término “bautizados” expresa identificación. Israel fue públicamente unido al liderazgo de Moisés al pasar bajo la nube y atravesar el mar. Egipto quedó atrás y comenzó una nueva etapa bajo el mediador designado por Dios.

El apóstol Pablo no enseña que el agua del mar regenerara espiritualmente a todos los israelitas. De hecho, los versículos siguientes advierten que muchos cayeron en el desierto por incredulidad. El privilegio externo no sustituye la fe.

La experiencia sirve también para comprender la unión del creyente con el Señor Jesucristo. Romanos 6:3–4 no presenta meramente una ceremonia con agua; enseña que quienes pertenecen al Señor Jesucristo han sido identificados con Su muerte y resurrección, para andar en vida nueva.

El cántico de Moisés

Éxodo 15 registra el primer gran cántico de redención de Israel. La adoración siguió a la liberación:

> “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación.”
> Éxodo 15:2 — RVR1960

El cántico no exalta la valentía de Israel. Proclama lo que Jehová hizo. La verdadera adoración bíblica responde a la revelación y a la obra de Dios.

Moisés declaró que Jehová reinaría eternamente. La salvación del mar no era un acto aislado; revelaba al Rey.

Apocalipsis 15 presenta a los vencedores cantando “el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero”. El primer éxodo y la victoria final se unen en adoración. El Dios que venció a Faraón consumará Su justicia, y el Cordero recibirá gloria.

Del cántico a Mara

Tres días después, el pueblo llegó a aguas amargas en Mara y murmuró. El contraste es doloroso: un cántico extraordinario no garantizó una fe perseverante.

Dios mostró a Moisés un árbol que, echado en las aguas, las volvió dulces. No debemos afirmar dogmáticamente que el árbol sea una representación directa del instrumento de ejecución del Señor Jesucristo. El texto destaca que Dios mostró la provisión.

El episodio enseña que el Dios que abre mares también trata las amarguras del camino. La redención no elimina inmediatamente todas las pruebas; introduce al pueblo en una relación donde aprende a depender diariamente del Redentor.

Aplicación pastoral: no regresar mentalmente a Egipto

Israel salió físicamente de Egipto en una noche, pero Egipto permaneció durante mucho tiempo en sus deseos. En el desierto recordarían selectivamente los alimentos y olvidarían los azotes.

El creyente debe aprender a interpretar su antigua vida con verdad. El pecado promete comodidad mientras oculta sus cadenas. La gracia no solamente nos saca de la esclavitud; renueva nuestra mente para que dejemos de idealizarla.

El mar Rojo también enseña que Dios puede permitir situaciones donde no existe salida humana para que quede claro quién salva. La fe no niega el mar ni imagina que el ejército no existe. Escucha la Palabra, permanece firme y obedece cuando Dios abre el camino.

Conclusión

En la Pascua, Israel fue protegido del juicio mediante la sangre del cordero. En el mar Rojo, fue separado del antiguo opresor mediante el poder de Dios. Sangre y poder pertenecen a una sola obra de liberación.

El Señor Jesucristo es nuestro Cordero pascual y nuestro Libertador resucitado. Su muerte expiatoria responde a la culpa; Su resurrección proclama victoria sobre la muerte y abre el camino de una vida nueva.

La salvación no consiste en que el pecador abra su propio mar. Consiste en confiar y caminar por el camino que Dios abrió en Su Hijo.

RESUMEN DOCTRINAL DE LOS CAPÍTULOS X–XII

1. Dios oyó el clamor de Israel y actuó conforme al pacto que había establecido. 2. Moisés fue llamado como siervo y libertador, pero señaló hacia el Profeta y Mediador mayor: el Señor Jesucristo. 3. El nombre “YO SOY” revela la existencia independiente y la fidelidad eterna de Dios. 4. El Señor Jesucristo utilizó el lenguaje “Yo soy” de una manera que afirma Su existencia anterior a Abraham y Su identidad divina. 5. Israel necesitó refugiarse bajo la sangre del cordero pascual; su nacionalidad no sustituyó la provisión de Dios. 6. El Señor Jesucristo es nuestra Pascua, el Cordero sin mancha sacrificado por nosotros. 7. La sangre no es una fórmula supersticiosa; representa la vida del Salvador entregada en muerte expiatoria. 8. El mar Rojo muestra que Dios no solamente protege del juicio, sino que rompe el poder del opresor. 9. El bautismo en Moisés expresa identificación; la unión con el Señor Jesucristo introduce al creyente en vida nueva. 10. La adoración bíblica exalta lo que Dios ha hecho y conduce al pueblo redimido a reconocer Su Reino.

CAPÍTULO XIII

EL MANÁ: EL PAN DEL CIELO

Jesucristo, el Pan de vida

> “Y Jehová dijo a Moisés: He aquí yo os haré llover pan del cielo.”
> Éxodo 16:4 — RVR1960

Redimidos, pero necesitados

Israel había salido de Egipto y atravesado el mar Rojo, pero la libertad no eliminó su necesidad diaria. En el desierto no había campos capaces de alimentar a aquella multitud. El pueblo murmuró y recordó las ollas de carne de Egipto, olvidando que junto a aquellas comidas existían esclavitud, golpes y muerte.

La memoria dominada por la incredulidad selecciona lo agradable del pasado y borra sus cadenas. Por eso, la liberación externa debía acompañarse de una formación interior. Israel necesitaba aprender que el Dios que lo sacó de Egipto también podía sostenerlo cada mañana.

Pan que no nació de la tierra

Dios prometió hacer llover pan del cielo. Cuando el rocío descendió, apareció sobre el suelo una cosa menuda. Los israelitas preguntaron: *man hu?*, “¿qué es esto?”. De esa pregunta procede el nombre maná.

Moisés respondió: “Es el pan que Jehová os da para comer” (Éxodo 16:15, RVR1960). La provisión era un regalo, no el producto de la agricultura de Israel.

Cada persona debía recoger conforme a su necesidad. Quien recogió mucho no tuvo más de lo necesario y quien recogió poco no tuvo menos. El apóstol Pablo empleó este principio para enseñar generosidad y cuidado mutuo dentro de la Iglesia (2 Corintios 8:13–15).

Una provisión nueva cada mañana

El pueblo debía recoger el maná diariamente. Si alguien guardaba para el día siguiente, contra la instrucción divina, criaba gusanos y olía mal. Antes del día de reposo, en cambio, Dios ordenaba recoger una porción doble y la preservaba.

La lección era clara: Israel debía depender de la Palabra de Dios, no de su ansiedad. La misma acción —guardar maná— podía ser incredulidad un día y obediencia otro, dependiendo de lo que Dios había ordenado.

La vida de fe no consiste en copiar mecánicamente acciones anteriores. Consiste en escuchar y obedecer la Palabra.

“No solo de pan vivirá el hombre”

Deuteronomio explica el propósito pedagógico del maná:

> “Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná… para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre.”
> Deuteronomio 8:3 — RVR1960

Dios permitió que Israel sintiera hambre y después lo alimentó de una manera desconocida. Quería enseñar que la fuente de la vida no era el pan separado de Él, sino Su Palabra que podía proveer pan donde no existía.

Cuando Satanás tentó al Señor Jesucristo para convertir piedras en pan, Él citó este versículo (Mateo 4:4). No negó la necesidad física. Rechazó utilizar Su poder independientemente de la voluntad del Padre.

El primer Adán comió desobedeciendo en un huerto lleno de alimento. Israel murmuró en el desierto. El Señor Jesucristo obedeció en medio del hambre y venció apoyándose en la Palabra escrita.

El maná y el verdadero Pan

Después de alimentar a cinco mil personas, el Señor Jesucristo confrontó a quienes lo buscaban principalmente por el alimento material. Ellos recordaron el maná y dijeron que Moisés había dado pan del cielo. El Señor corrigió su comprensión:

> “De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo.”
> Juan 6:32 — RVR1960

Moisés fue siervo; el Padre fue la Fuente. El maná era verdadero como provisión histórica, pero no era el Pan definitivo. Quienes lo comieron murieron físicamente. El Señor Jesucristo vino para comunicar vida eterna.

> “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”
> Juan 6:35 — RVR1960

“Venir” y “creer” se explican mutuamente. Comer el Pan de vida no significa ingerir físicamente el cuerpo del Señor Jesucristo. Significa recibirlo por la fe, depender de Su Persona y apropiarse de los beneficios de Su obra redentora.

“El pan que yo daré es mi carne”

El Señor Jesucristo declaró que daría Su carne por la vida del mundo (Juan 6:51). No estaba promoviendo canibalismo ni atribuyendo poder mágico a una sustancia material. Estaba anunciando Su entrega sacrificial.

El Hijo eterno tomó una verdadera naturaleza humana. En ese cuerpo obedeció, sufrió y entregó Su vida. La salvación no procede de una idea abstracta, sino de la Persona encarnada que murió y resucitó.

Cuando algunos oyentes se escandalizaron, el Señor añadió: “El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan 6:63, RVR1960). Una interpretación meramente física perdía el sentido de Su enseñanza.

El maná escondido

Una porción de maná fue guardada delante de Jehová como testimonio para generaciones futuras. Hebreos 9:4 menciona el vaso de oro que contenía el maná dentro del contexto del arca del pacto.

Apocalipsis 2:17 promete “del maná escondido” al vencedor. La expresión señala la comunión y la provisión reservadas por el Señor. No debemos construir detalles que el texto no explica, pero su centro es claro: aquello que el mundo no puede dar está guardado en la presencia de Dios.

El Señor Jesucristo es suficiente tanto para el comienzo como para la continuidad de la vida espiritual. No recibimos salvación por Él para después sostenernos independientemente de Él.

Aplicación pastoral: alimento diario, no conocimiento almacenado

El maná enseña la necesidad de dependencia cotidiana. Haber leído la Escritura ayer no elimina la necesidad de escuchar hoy. Esto no significa olvidar lo aprendido, sino mantener una comunión viva.

También debemos distinguir entre conocer información acerca del Señor Jesucristo y alimentarnos de Él por la fe. Una persona puede estudiar términos, fechas y doctrinas, pero permanecer sin descansar personalmente en el Salvador.

La doctrina correcta es indispensable; su propósito es conducirnos a conocer, amar y obedecer al Señor que revela.

Conclusión

El maná sostuvo temporalmente a Israel, pero no podía conceder vida eterna. Descendía cada mañana y preparaba el lenguaje para una provisión mayor.

El Señor Jesucristo es el verdadero Pan que descendió del cielo. No solamente entrega un don; se entrega a Sí mismo. Quien viene a Él y cree recibe vida eterna.

La necesidad más profunda del ser humano no se satisface acumulando los recursos de Egipto. Se satisface recibiendo al Hijo de Dios.

CAPÍTULO XIV

LA ROCA HERIDA

El agua de vida y la obra del Espíritu Santo

> “He aquí que yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb; y golpearás la peña, y saldrán de ella aguas, y beberá el pueblo.”
> Éxodo 17:6 — RVR1960

Sed en Refidim

Israel llegó a Refidim y no encontró agua. El problema era real. La murmuración, sin embargo, convirtió la necesidad en acusación: “¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para matarnos de sed?” (Éxodo 17:3, RVR1960).

El pueblo preguntó: “¿Está, pues, Jehová entre nosotros, o no?”. Habían visto la columna, el mar abierto y el maná, pero interpretaron una nueva prueba como evidencia de ausencia divina.

La fe inmadura exige que cada circunstancia confirme inmediatamente lo que Dios ya ha revelado. La fe formada recuerda Su carácter aun cuando la provisión todavía no es visible.

La peña golpeada

Dios ordenó a Moisés tomar la vara con la cual había golpeado el río y herir la roca. La vara había estado asociada con los juicios sobre Egipto. Ahora el golpe caería sobre la roca, y de ella saldría agua para el pueblo culpable de murmurar.

La provisión no llegó porque Israel hubiera demostrado paciencia. Fue gracia para un pueblo necesitado y rebelde.

El apóstol Pablo ofrece la interpretación inspirada:

> “Y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo.”
> 1 Corintios 10:4 — RVR1960

La palabra “Cristo” aparece así en la RVR1960 y se refiere al Señor Jesucristo, el Mesías. El apóstol Pablo no dice que la piedra material fuera literalmente la Persona del Hijo. Enseña que la provisión espiritual representada y sostenida en aquellos acontecimientos procedía de Él.

Jesucristo herido una vez

La roca herida dirige nuestra atención hacia el Señor Jesucristo, quien fue herido por nuestras rebeliones (Isaías 53:5). El juicio que correspondía al pecador cayó sobre el Sustituto.

Su sacrificio fue ofrecido una vez y no necesita repetición:

> “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.”
> Hebreos 10:12 — RVR1960

Aquí conservamos “Cristo” porque pertenece a la cita. La declaración significa que el Señor Jesucristo terminó la obra expiatoria. Sentarse expresa que el sacrificio requerido fue completado. Ninguna ceremonia vuelve a ofrecerlo y ningún esfuerzo humano añade pago al que Él efectuó.

El segundo episodio: hablar, no golpear

Años después, en Meriba, el pueblo volvió a murmurar por falta de agua. Esta vez Dios ordenó a Moisés hablar a la peña. Moisés, irritado, la golpeó dos veces y habló al pueblo con dureza (Números 20:7–12).

Dios dio agua en Su misericordia, pero disciplinó a Moisés porque no lo santificó delante del pueblo. El siervo había alterado el mandato y oscurecido la lección.

Si la roca representa al Señor Jesucristo, el contraste resulta significativo: el sacrificio se ofrece una sola vez. Después de la obra consumada, el creyente se acerca a Dios sobre esa base; no vuelve a herir al Salvador.

No debemos afirmar que esta aplicación agota el sentido de Números 20. El punto directo es la desobediencia de Moisés. Sin embargo, Hebreos confirma la verdad doctrinal hacia la cual la diferencia armoniza: el sacrificio del Señor Jesucristo no se repite.

Ríos de agua viva

Durante la fiesta de los tabernáculos, cuando el pueblo recordaba la provisión en el desierto, el Señor Jesucristo clamó:

> “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.”
> Juan 7:37–38 — RVR1960

El apóstol Juan explica inmediatamente:

> “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él.”
> Juan 7:39 — RVR1960

El agua viva representa aquí la vida y la obra del **Espíritu Santo**. El Señor Jesucristo es quien invita al sediento y quien, después de ser glorificado, derrama el Espíritu Santo.

El agua no solamente satisface al que bebe; se convierte en río que fluye hacia otros. La vida llena del Espíritu Santo no termina en experiencia privada. Produce testimonio, fruto y servicio.

El costado abierto

Después de la muerte del Señor Jesucristo, un soldado abrió Su costado con una lanza y salió sangre y agua (Juan 19:34). El apóstol Juan presenta el hecho como testimonio ocular.

Debemos evitar interpretaciones fantasiosas sobre la composición física. El hecho confirma Su muerte real y posee un profundo valor dentro del lenguaje del Evangelio: el Salvador entregado es la fuente de limpieza y vida.

Primera de Juan 5:6 declara que Jesucristo vino mediante agua y sangre. Aunque existen debates interpretativos acerca de los detalles, el énfasis apostólico rechaza una visión de Jesús separada de Su verdadera encarnación y muerte.

La última invitación de la Biblia

Apocalipsis termina extendiendo la invitación:

> “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.”
> Apocalipsis 22:17 — RVR1960

El agua es gratuita para quien la recibe, pero no fue barata. Llega al pecador mediante la obra costosa del Cordero.

La gracia no se vende. El sediento no compra; viene y bebe. La fe recibe lo que Dios ofrece en el Señor Jesucristo.

Aplicación pastoral: reconocer la sed

El mundo ofrece muchas maneras de distraer la sed espiritual sin satisfacerla. El Señor Jesucristo no llama a quienes presumen estar llenos, sino a quienes reconocen su necesidad.

La invitación “venga a mí” también establece exclusividad. La fuente no es una experiencia religiosa separada del Salvador. El Espíritu Santo glorifica al Señor Jesucristo y aplica los beneficios de Su obra.

El creyente no necesita buscar otro sacrificio. Necesita acercarse con confianza sobre la base del sacrificio consumado y depender continuamente del Espíritu Santo.

Conclusión

La roca fue herida y el agua fluyó para un pueblo sediento. El apóstol Pablo declara que la roca era Cristo, es decir, que señalaba hacia el Señor Jesucristo como fuente de la provisión espiritual.

El Salvador fue herido una vez. Su obra expiatoria está terminada. El Espíritu Santo ha sido dado, y la invitación permanece: “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”.

CAPÍTULO XV

SINAÍ: LA LEY Y LA NECESIDAD DE UN MEDIADOR

La santidad de Dios y la incapacidad humana

> “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos.”
> Éxodo 19:5 — RVR1960

Redención antes que mandamiento

Israel llegó al monte Sinaí después de haber sido librado de Egipto. Este orden es esencial. Dios no entregó los Diez Mandamientos para que el pueblo pudiera ganarse la salida de la esclavitud. Primero lo redimió; después le reveló cómo debía vivir como pueblo del pacto.

El prólogo de los mandamientos lo confirma:

> “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.”
> Éxodo 20:2 — RVR1960

La obediencia debía responder a una relación ya establecida históricamente por la gracia de Dios.

Esto no significa que Israel recibiera exactamente la misma posición que la Iglesia bajo el nuevo pacto. Significa que aun en Sinaí la iniciativa redentora precedió a las demandas del pacto.

Un Dios santo

El monte humeaba, había truenos, relámpagos y sonido de trompeta. Se establecieron límites para que el pueblo no irrumpiera irreverentemente.

La escena enseñaba que el Dios que los había librado no podía ser tratado como una divinidad doméstica controlable. Su santidad significa que Él es absolutamente puro, separado de todo pecado y digno de reverencia total.

El temor del pueblo no surgió de superstición sin fundamento. Había sido confrontado por la majestad divina. Sin embargo, el propósito correcto del temor era conducir a la obediencia, no alejarlos definitivamente de Dios.

¿Para qué fue dada la ley?

La ley reveló el carácter santo de Dios, definió el pecado y ordenó la vida de Israel dentro del pacto. También expuso la incapacidad del ser humano para alcanzar justicia mediante obediencia propia.

El apóstol Pablo escribe:

> “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”
> Romanos 3:20 — RVR1960

La ley funciona como una luz que revela suciedad; no es el agua que la limpia. Un espejo muestra la condición del rostro, pero no puede lavarlo.

El problema no estaba en la ley. El apóstol Pablo declara que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Romanos 7:12). El problema reside en el pecado que habita en la naturaleza humana caída.

La ley no fue el Salvador

Israel prometió: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (Éxodo 19:8, RVR1960). Poco después, mientras Moisés permanecía en el monte, el pueblo fabricó el becerro de oro.

La rapidez del fracaso mostró la distancia entre una promesa sincera y la capacidad moral para cumplirla. La ley podía mandar, pero no impartía por sí misma el poder interior necesario para obedecer.

El apóstol Pablo explica que, si se hubiera dado una ley capaz de vivificar, la justicia habría dependido verdaderamente de ella (Gálatas 3:21). Pero la Escritura encerró todo bajo pecado para que la promesa fuera dada a los creyentes por la fe en Jesucristo.

La ley como ayo hasta Jesucristo

> “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.”
> Gálatas 3:24 — RVR1960

La palabra griega *paidagōgós* no describía principalmente a un maestro de aula. Era un guardián encargado de supervisar al menor y conducirlo. La ley guardó, disciplinó y expuso la necesidad hasta la llegada de la fe revelada en el Señor Jesucristo.

“Llevarnos a Cristo” no significa que cada persona se salva automáticamente por poseer la ley. Significa que la función histórica y doctrinal de la ley conduce hacia la necesidad del Mesías.

La ley pregunta: “¿Has obedecido perfectamente?”. El pecador honesto debe responder que no. El Evangelio anuncia que el Señor Jesucristo obedeció, cargó la condenación y ofrece justicia a quien cree.

Jesucristo cumplió la ley

El Señor Jesucristo declaró:

> “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.”
> Mateo 5:17 — RVR1960

Cumplir incluye llevar a su realización aquello hacia lo cual la ley y los profetas apuntaban. El Señor Jesucristo obedeció perfectamente los mandamientos, cumplió las profecías mesiánicas y realizó la realidad prefigurada por los sacrificios.

No vino para declarar que la santidad ya no importa. Vino para satisfacer las demandas que el pecador no podía cumplir y para formar, mediante el Espíritu Santo, un pueblo que ame la voluntad de Dios.

La maldición de la ley

Gálatas declara que todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, porque la ley exige perseverar en todo lo escrito (Gálatas 3:10). En este contexto, “maldición” significa la sentencia judicial que corresponde al transgresor, no una fórmula mágica ni una energía supersticiosa.

> “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.”
> Gálatas 3:13 — RVR1960

La cita conserva “Cristo”; se refiere al Señor Jesucristo. Él no se volvió pecaminoso en Su naturaleza. Cargó judicialmente la sentencia que correspondía a los transgresores al morir colgado en un madero.

La expresión “madero” o el instrumento romano de ejecución no posee poder salvador en sí mismo. El valor pertenece al Hijo de Dios y a la obra sustitutiva que realizó allí.

Moisés, el mediador que temblaba

El pueblo pidió que Moisés oyera la voz de Dios y después les comunicara Sus palabras. Así apareció de manera visible la necesidad de mediación.

Moisés podía subir al monte por llamamiento divino, pero él mismo era un pecador y necesitaba gracia. Su mediación era real, pero limitada.

El nuevo pacto posee un Mediador superior:

> “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.”
> 1 Timoteo 2:5 — RVR1960

El Señor Jesucristo puede representarnos porque se hizo verdaderamente hombre, y puede conducirnos perfectamente a Dios porque es el Hijo eterno y sin pecado. No es uno entre muchos mediadores espirituales. Es el único Mediador de la salvación.

De tablas de piedra a corazones transformados

La ley fue escrita en tablas de piedra. Los profetas anunciaron un nuevo pacto en el cual Dios escribiría Su ley en el corazón (Jeremías 31:31–34).

El Espíritu Santo no conduce al creyente a despreciar la santidad revelada por Dios. Produce una obediencia que nace de una naturaleza renovada y de comunión viva.

El apóstol Pablo declara que la justa demanda de la ley se cumple en quienes no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Romanos 8:4). Esto no significa que alcanzamos justificación mediante conducta. Significa que quienes fueron justificados por la fe reciben al Espíritu Santo y comienzan a manifestar el fruto de una vida nueva.

Aplicación pastoral: ni legalismo ni libertinaje

El legalismo utiliza mandamientos, reglas o disciplinas como fundamento para obtener aceptación delante de Dios. El libertinaje utiliza la gracia como excusa para vivir bajo el dominio del pecado. Ambos errores desconocen el Evangelio.

La justificación se recibe por la fe en el Señor Jesucristo, aparte de obras de ley. La misma gracia que justifica enseña a renunciar a la impiedad y vivir sobria, justa y piadosamente (Tito 2:11–12).

La oración, el ayuno y el estudio bíblico pueden fortalecer la fe y la comunión, pero no reemplazan la obra del Señor Jesucristo ni producen victoria cuando se practican como confianza en la carne. La libertad se conoce mediante la verdad y se vive dependiendo del Espíritu Santo.

Conclusión

Sinaí reveló la santidad de Dios y dejó al descubierto la incapacidad del ser humano. La ley definió el pecado, ordenó la vida de Israel y preparó el camino hacia la comprensión de la gracia.

Moisés fue mediador del antiguo pacto. El Señor Jesucristo es el único Mediador del nuevo pacto. Él cumplió la ley, cargó la sentencia del transgresor y concede justicia al que cree.

La meta del Evangelio no es regresar al pecador a Sinaí para que intente justificarse. Es conducirlo al Señor Jesucristo, y desde esa unión transformarlo por el Espíritu Santo para vivir en obediencia agradecida.

RESUMEN DOCTRINAL DE LOS CAPÍTULOS XIII–XV

1. El maná fue una provisión diaria que enseñó a Israel dependencia de la Palabra de Dios. 2. El Señor Jesucristo es el verdadero Pan del cielo que concede vida eterna al que cree. 3. Comer el Pan de vida significa recibir al Señor Jesucristo por la fe, no ingerirlo físicamente. 4. La roca herida proporcionó agua al pueblo, y el apóstol Pablo identifica su significado espiritual con el Señor Jesucristo. 5. El sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo fue ofrecido una vez y no se repite. 6. El agua viva representa la vida comunicada y la obra del Espíritu Santo. 7. La ley fue dada después de la redención de Egipto y reveló la santidad de Dios. 8. La ley define y expone el pecado, pero no puede justificar ni impartir vida al pecador. 9. El Señor Jesucristo cumplió la ley y cargó judicialmente la sentencia del transgresor. 10. La gracia no produce legalismo ni libertinaje; justifica por la fe y transforma mediante el Espíritu Santo.

Continuará: Capítulo XVI — El tabernáculo: Dios habita en medio de Su pueblo.